

Testimonios argentinos sobre el Che

Gregorio Bermann
[una obra inconclusa]

Presentación, notas y establecimiento del texto
Gabriela Baglione y Marcelo Casarin

Colección Gregorio Bermann

edicea

cea
centro de
estudios avanzados
facultad de ciencias sociales

UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Testimonios argentinos sobre el Che



Universidad
Nacional
de Córdoba

Colección Gregorio Bermann

Testimonios argentinos sobre el Che
Gregorio Bermann
[una obra inconclusa]

Presentación, notas y establecimiento del texto
Gabriela Baglione y Marcelo Casarin

Universidad Nacional de Córdoba

Rector: Mgter. Jhon Boretto

Decana de Facultad de Ciencias Sociales: Mgter. María Inés Peralta

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales,

Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Director: Marcelo Casarin

Coordinación Ejecutiva: Alicia Servetto

Coordinación Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

Magdalena Doyle

Vanessa Garbero

Bruno Ribotta

Darío Sandrone

Coordinadora Académica del CEA-FCS: Alejandra Martin

Coordinadora de Investigación del CEA-FCS: Marcela Rosales

Asesora externa: María Teresa Dalmasso

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diagramación de Colección: Lorena Díaz

Diagramación de este libro: Silvia Pérez

Responsable de contenido web: Diego Solís

Este libro se publica con el apoyo de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de Córdoba

© Centro de Estudios Avanzados, 2023

Bermann, Gregorio

Testimonios argentinos sobre el Che: Gregorio Bermann, una obra inconclusa / Gregorio Bermann; compilación de Gabriela Baglione; Marcelo Casarin. - 1a ed. - Córdoba: Centro de Estudios Avanzados. Centro de Estudios Avanzados, 2023.

Libro digital, PDF - (Gregorio Bermann; 2)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-90074-1-1

1. Literatura Testimonial. 2. Revoluciones. 3. América Latina. I. Baglione, Gabriela, comp. II. Casarin, Marcelo, comp. III. Título.

CDD A860



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5. Argentina

Sobre la Colección Gregorio Bermann

Esta colección tiene como objetivo dar a conocer textos y documentos del Archivo Gregorio Bermann, que forma parte del patrimonio del Centro de Estudios Avanzados (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba). Su finalidad es la recuperación de inéditos y la reedición de textos inconseguibles del importante intelectual argentino, presentados y anotados por especialistas.

Índice

Presentación de lxs compiladores	11
Prólogo, por Gregorio Bermann	15
Mis encuentros con el Che, por Gregorio Bermann	21
Sin apunte ni grabación, por María Rosa Oliver	31
Testimonios breves	43
Recordando al Che, por Arnaldo Orfila Reynal	45
Carta de Haydée Santamaría a Gregorio Bermann	47
Carta de Gregorio Bermann a Haydée Santamaría	48
Ernestito, por Carmen de la Serna de Córdova Iturburu	50
Testimonios fuera de serie	51
Mensaje al hermano, por Julio Cortázar	53
El hombre nuevo, por Gustavo Roca	55
Unos duraznos blancos y muy dulces, por Daniel Moyano	61
Dossier documental	67
1. Correspondencia	69
1.1. Carta de Gregorio Bermann a Arnaldo Orfila Reynal (10/08/1968)	69
1.2. Carta de Arnaldo Orfila Reynal a Gregorio Bermann (20/09/1968)	71
1.3. Carta de María Rosa Oliver a Gregorio Bermann (08/09/1968)	73

1.4. Carta de Gregorio Bermann a María Rosa Oliver (14/09/1968)	74
1.5. Carta de Gregorio Bermann a Gustavo Roca (14/09/1968)	75
1.6. Carta de Gregorio Bermann a Ernesto Guevara Lynch (14/09/1968)	75
1.7. Carta de Gregorio Bermann a Ernesto Guevara Lynch (12/10/1968)	76
1.8. Carta de Gregorio Bermann a Chichina Ferreyra (18/11/1968)	77
1.9. Carta de Gregorio Bermann a 'Tita' Infante (19/11/1968)	79
1.10. Carta de Gregorio Bermann a Carmen de la Serna de Córdova Iturburu (13/02/1969)	80
2. Dactiloscritos	81
2.1. Prólogo, por Gregorio Bermann con anotaciones manuscritas	81
2.2. Mis encuentros con el Che, por Gregorio Bermann	84
2.3. Sin apuntes ni grabación, por María Rosa Oliver	85
3. Notas manuscritas	87
3.1. Manuscrito 1. Apuntes para el prólogo	87
3.2. Manuscrito 2. Plan de trabajo	88
3.3. Manuscrito 3. Notas sobre Chichina y el Che	89
3.4. Manuscrito 4. Apuntes sobre viajes del Che	91
4. Capitán del pueblo, por Ezequiel Martínez Estrada (fragmentos: primera y última página)	92

Presentación de lxs compiladores

Retazos de un tapiz: Testimonios argentinos sobre el Che de Gregorio Bermann

¿Cuáles pueden ser las motivaciones para escribir un libro sobre el Che? La estatura mitológica y polifacética del biografiado parece imponer una respuesta rápida: Ernesto Guevara, cuyo nombre de pila fue borrado por su apodo revolucionario –el mote que daba cuenta de su condición de argentino desterrado–, fue por años el personaje nacional más nombrado y reconocido en el mundo. Luego de Eva Perón, pero de manera más penetrante que ella; antes que Maradona, que Messi, que el papa Francisco, su nombre y su imagen –a veces enfocada, y otras distorsionada– en la fotografía de Korda, se volvieron universales, aunque no remitieran inmediatamente a su país de nacimiento.

Esta puede ser la razón por la que se han escrito tantas páginas que pretendieron dar cuenta de sus rasgos legendarios, de su singular y breve paso por el mundo. Entre los argentinos, algunos de los más importantes escritores nacidos en la primera mitad del siglo XX, se cuentan Julio Cortázar, Ezequiel Martínez Estrada, Ernesto Sábato, Rodolfo Walsh, Daniel Moyano, Ricardo Piglia y siguen nombres.

No deja de sorprender aún hoy su proyección creciente en los primeros años de la Revolución cubana, después de la recuperación de la isla, de la que fue protagonista en la primera línea, y luego su trabajo incansable como funcionario de gobierno, cumpliendo tareas diversas, aparentemente alejadas de su formación, pero asumidas con máxima dedicación y compromiso.

Hablamos de estatura mitológica y agregamos: moral inquebrantable, despojamiento, demencial valentía, muerte prematura en plena ac-

titud de lucha por sus ideales y con la ilusión de hacer del mundo un lugar menos inhóspito. En esa situación fue sorprendido y asesinado en Bolivia; y luego expuesto como un trofeo en fotografías en las que parece que estuviera vivo.

Gregorio Bermann fue cautivado por la figura de Guevara, en quien encuentra varios elementos con los que identificarse: la formación de médico, el amor por la lectura y la escritura: estar escribiendo, aun en medio de las inclemencias de la vida; estar escribiendo, tener a mano un cuaderno, una bitácora, es algo que une a Bermann con Guevara. Y, además, la vocación de servicio, la militancia de las causas justas y, en muchos momentos, la declinación del yo por el nosotros, que el Che lleva tantas veces a límites incomprensibles, y que en la vida de Bermann también aparece con frecuencia como un norte. Comparten, también, la condición de humanistas, internacionalistas y antifascistas. Humanismo y marxismo parecen ser dos conceptos que complementan a estos hombres, para entender pasado y vislumbrar un futuro posible.

Antes de emprender el proyecto de libro, Bermann tuvo algunos encuentros con el Che en Cuba; ha quedado escrita la impresión que le produjo cada uno de esos momentos: destaca su claridad para explicar las circunstancias políticas de la época, tanto como la belleza física de su rostro y sus gestos, que compara con un autorretrato de Durero.

Bermann confirma que es imposible un socialismo sin la renovación del hombre, 'el hombre nuevo', y advierte que el Che no fue subsumido por la medicina, ni la economía, ni la política; al contrario: el Che se recrea en cada uno de los desafíos que asume, despojándose a sí mismo de la figura del héroe; más bien, como lo define Walsh, un héroe a la altura de todos. Para los marxistas ortodoxos no era de los suyos, como tampoco lo fue para la burocracia soviética.

En el Prólogo de este proyecto inconcluso, Bermann lo define de este modo: "responde a una necesidad vital, está en el clima de nuestro tiempo. No sólo en el presente sino principalmente en el futuro, porque su vida y actuación irán creciendo, así como las montañas acrecen a su sombra a medida que va tramontando el sol". En estas palabras puede entenderse la necesidad personal y política que lo lleva a escribir este libro.

En qué consistió el plan. Hacer una suerte de biografía polifónica, una cantata escrita por personas que conocieron, trataron o frecuentaban en distintos momentos al Che. Bermann les pedía que den su testimonio y, quienes aceptaron el desafío, dejaron por escrito semblanzas

más o menos breves, algunas con forma de viñeta o retrato de un solo trazo, que recuperan algo de su personalidad, de sus rasgos intelectuales, espirituales, físicos, etc.

Por qué eligió este método. No por molicie, no para que le “hagan” el libro: Bermann llevaba escritos varios cientos de páginas, resultado de pacientes y minuciosas investigaciones. Baste como ejemplo mencionar estos libros: *Las neurosis en la guerra* (1941), *Juventud de América* (1946), *La crisis argentina* (1965), *La salud mental en China* (1970) y *Conciencia de nuestro tiempo* (1971).

Entendemos que Bermann pretendía desarrollar una suerte de tapiz hecho de retazos, un patchwork, que hiciera diferencia en la maraña de páginas que se estaban escribiendo sobre el Che. ¿Cuántas manos estarían entonces en esa tarea? La muerte es una efeméride que no puede dejar de conmemorarse de manera inmediata: y esto vale, en una figura como el Che, tanto para sus detractores, como para sus admiradores.

El libro no fue publicado: quedaron algunas piezas, algunos rastros, que nos permiten conjeturar ciertas razones por las que no salió a la luz. En su correspondencia con las personas que fueron parte de la vida y juventud del Che se advierten reticencias a hablar de sus propias experiencias: la muerte de Ernesto era reciente, y las versiones biográficas que circulaban, algunas cuestionadas por su entorno, quizá abonaron tales reparos; otra, la coyuntura política de represión (la dictadura de Onganía): el miedo de algunos y la condición de exiliados de otros.

Las demoras en las respuestas, las idas y vueltas de familiares y amigos, junto a otros proyectos y trabajos de Bermann; y posiblemente también el poco interés de las editoriales a las que contactó, lo obligaron a dejar el proyecto inconcluso.

Esta edición

En línea con el propósito central de la Colección Bermann de Edicea, la editorial del Centro de Estudios Avanzados, esta edición pretende recuperar una entrada relevante del archivo del intelectual y reformista argentino. En este caso, su proyecto inconcluso de libro sobre el Che Guevara. Las transcripciones de algunos dactiloscritos, papeles preparatorios, correspondencia, lecturas y otros materiales, pretenden mostrar la cocina del proyecto y el pensamiento y la escritura de Bermann.

El núcleo del libro lo constituyen los textos de su autoría “Mis en-

cuentros con el Che” y “Prólogo”; “Sin apuntes ni grabación”, de María Rosa Oliver y lo que denominamos “Testimonios breves”, que incluyen los aportes de Arnaldo Orfila Reynal, Haydée Santamaría, Carmen de la Serna de Córdova Iturburu y del propio Bermann.

Los textos fueron establecidos a partir de los dactiloscritos del archivo de Bermann, respetando las enmiendas manuscritas. La intervención de lxs compiladores se limitó a la eliminación de erratas o alguna actualización ortográfica (por ejemplo: Che aparece en los originales, en algunas ocasiones, con tilde y, en otras, sin ella; optamos por esta última versión).

Los “Testimonios fuera de serie” fueron incorporados por lxs compiladorxs con el convencimiento de que complementan sin forzamientos el proyecto: “Mensaje al hermano” de Julio Cortázar, en versión dactilográfica édita forma parte del archivo Bermann, quien pensaba que podría ser parte del libro, tal como lo expresa en el “Prólogo”; “El hombre nuevo” de Gustavo Roca, también es un texto édito que integra el archivo y su autor fue uno de los convocados a escribir sobre el Che, como se verifica en la sección “Correspondencia” de este volumen. “Unos duraznos blancos muy dulces” de Daniel Moyano es la incorporación más caprichosa en esta edición: se trata de un texto que “parece” escrito a pedido de Bermann y que reproducimos con la amable autorización de la familia Moyano y el acuerdo de la editorial Caballo negro, que incluye este relato en *Mi música es para esta gente / Cuentos completos*.

Gabriela Baglione y Marcelo Casarin

Prólogo

Gregorio Bermann

Estos años terribles... La grandeza dramática de la escena contemporánea tuvo en el Che un protagonista de rango equivalente, el argentino universal más difundido de este siglo. Si el Che es el argentino más leído, si sus biografías constituyen el pan cotidiano de sus contemporáneos, no solo de los jóvenes argentinos, sino de las capitales del mundo, no es por moda, ni por la espectacularidad de su vida y de su muerte, sino porque responde a una necesidad vital, está en el clima de nuestro tiempo. No sólo en el presente sino principalmente en el futuro, porque su vida y actuación irán creciendo, así como las montañas acrecen a su sombra a medida que va tramontando el sol.

Por eso hemos creído necesario promover este “testimonio argentino”, reuniendo los elementos de juicio de algunas de las personas más autorizadas que lo han tratado personalmente durante su niñez, adolescencia, juventud y madurez. Sólo algunos de sus compatriotas, empezando por su padre y una de sus tías carnales, siguiendo con sus compañeros de juegos, de viajes, de aventura, de trabajo, huéspedes y amigos. Para saber cómo fue y por qué hizo lo que hizo, por qué entregó su vida a la causa de su alma, materiales que servirán para la obra que habrá que escribir sobre su existencia, espíritu, trascendencia.

Los hombres somos como las semillas. Miles, millones se pierden, mueren, son anuladas, frustradas, pero una llega, se prende y echa raíces, se convierte en individuo, perpetúa la especie, o arraiga una mutación. El viento de tragedia que pasó por nuestras cabezas y en nuestros corazones con su holocausto, divide a los argentinos en dos especies: antes y después del Che. Los argentinos no podemos seguir siendo los mismos

después del Che, algo está cambiando radicalmente dentro de nosotros: la consciencia de un deber incumplido. Una línea divisoria que separa a los “héroes” de la plaza pública, su garrulería, oquedad, vanidad, inflados por la fácil riqueza agropecuaria, de aquellos que han comprendido y emprendido el ejemplo de la entereza y austeridad del Che, de su profundidad, de su adhesión a lo esencial en detrimento de la apariencia, de su pasión por el pueblo y por el destino entero del hombre, por la sagrada justicia, de la alegría de vivir integralmente el combate terrible y desigual por la verdad.

Frente al escepticismo, al manfichismo que tanto ha cundido en la vida argentina en los últimos decenios, frente a la putrefacción de las conciencias, al cinismo, a la corrupción de las costumbres, al acomodo y al oportunismo, ¡cómo se eleva esta alta torre, esta unidad de vida, esta gloriosa existencia! Necesitamos un cambio profundo en la personalidad nacional, individual y colectiva, una *metarritmises*, como reclamaba Unamuno, una transformación en su ritmo e interna estructura. Su conducta, su vida y su muerte ofrecen una nueva ética, la del hombre nuevo en la renovada sociedad.

Ahora se pueden ponderar sus valores, sin literatura, sin exagerar. El Che era una personalidad excepcional, en la que se destaca la unidad de su vida, en que las acciones exceden sus palabras, de tal sinceridad, veracidad y discreción, que fue la negación del énfasis –que al decir de Luis Franco es el nervio del argentino político–, la sencillez y la higiene del alma, tan ajena a las trapacerías y disimulos, la ternura siempre recatada, el espíritu de sacrificio, cómo fue en él enaltecido el hombre. No eran sólo las dotes de su sensibilidad y de su voluntad las que cuentan, sino también las de su talento, que entraba a fondo en los más intrincados problemas de la vida contemporánea y de la difícil ciencia, y los desentraña con singular lucidez. En cada uno de los aspectos de su actuación un coraje, un arrojo que está más allá de la aventura.

Él mismo está íntegro en todos sus actos. ¡Qué temple! Tiene los rasgos del héroe trágico, es el portador esplendoroso de todas las excelencias vitales, con su fe, su honradez, su devoción. Y en todo, un infinito amor: “Déjeme decirle, a riesgo de parecerle ridículo –escribió al director de *Marcha*, de Montevideo, en uno de sus últimos y más importantes artículos– que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad”. Verdaderamente, si como se dice Héroe

viene de Eros (el dios al que se rendía culto como a una divinidad creadora y uno de los elementos primordiales del mundo), el Che Guevara era uno de sus hijos predilectos.

Unía al vuelo del águila el ímpetu de la pantera, la sabiduría de la serpiente y la ternura de una criatura. Una fuerza que lanzada desde su nacimiento, no selló la muerte sino que se desplegó aún más después que cesó de existir.

Qué argentino tan fino, recio y sutil. El Che era el paradigma del argentino de mañana. El calificativo de aventurero ha rodado por los labios impuros pero ¡qué aventura la suya! Aventura maravillosa la de ese muchacho sin más recursos que su avidez de aurora en pocos años se puso a la cabeza del Continente. No fue a París, ni a Estados Unidos a buscar goce o ciencia más o menos postiza, no, se adentró en la patria latinoamericana, en la selva y en la montaña, y junto a sus hombres. El Che asumió las exigencias éticas que le imponían los sufrimientos y las carencias físicas y espirituales de sus compatriotas del Continente, de las patrias sometidas y explotadas. Los sentía a todos con eso que se puede expresar en la solidaridad militante con la bella palabra de Hermano. Pero con el desarrollo de su experiencia comprendió la unidad del mundo, la ilimitada extensión de la apetencia humana por la dignidad, y por eso reclamó: “dos, tres... muchos Vietnam”. Visionario mas no iluso, con sentimiento planetario asumió la participación y responsabilidad con cuanto ocurre en el mundo, próximo o distante.

Exiliado de su país por propia decisión, un desterrado, como los proscriptos de la tiranía, los de la Asociación de Mayo, como tantos otros. Frente a la turba de los Laucha y de los nietos de Juan Moreira, qué limpieza, qué pulcritud. Frente a los eruditos y a los improvisadores, su aplicación, su contracción al trabajo, al estudio, su empeño por conocer la realidad profunda de nuestra vida, para transformarla. Dijo un no rotundo a la sociedad de consumo, al desarrollismo sin entrañas, porque, dijo: “no me interesa el socialismo sin la reforma del hombre”. Su compromiso era únicamente con sus compatriotas latinoamericanos, ajeno a todo sectarismo y catecismo, e intereses de partidos o de capillas, no por imitación o por calco, sino que la acción surgiera de las propias entrañas y se realice por voluntad heroica.

Una de las características fue su constante enriquecimiento con lo que iba aprendiendo sin cesar. Encontró su camino en las vastísimas experiencias y teoría marxista-leninista que estudiaba apasionadamente, así

como las ciencias clásicas, siguió con vivísimo interés los acontecimientos contemporáneos, estrechó lazos con los países subdesarrollados en proceso de liberación, de África, de Asia y naturalmente de América Latina; pero Che buscaba su propio camino, el camino que debían seguir sus compatriotas latinoamericanos. En esta búsqueda, en la acción férvida se tronchó su vida. Se quebró, mas no se dobló. Esta es la vía que continúa abierta para la generación presente y para las futuras, el destino de nuestros pueblos y de nuestra gente. Los interesados, ¿y quién no puede estarlo?, sobre todo la gente joven, o la de espíritu juvenil, hallarán en su trayectoria y en sus escritos un venero inexhausto en que abrevarse.

Es sorprendente cómo pudo pasar casi sin transición de la Sierra Maestra hasta las más complejas y arduas tareas del conductor de naciones. Sus dotes singulares: podía ser un gran investigador, comenzó a serlo; un guerrero ejemplar, lo fue; un jefe amado y atacado, demostró esa actitud; un orador, deslumbró a Martínez Estrada, juez tan severo; un economista de alto vuelo, —su actuación e intervenciones sensacionales en ministerios y misiones, exentos de teatralidad—; un político de primeras aguas, un diplomático, un conductor, un pensador, un escritor, fue todo esto sin duda.

Seguramente algún día se hará el paralelismo del Che con los grandes libertadores de América, con Bolívar, con San Martín, con Washington, con Sucre, con O'Higgins, con Belgrano, con Juárez, y dificulto que pueda hallarse en ninguno de ellos mayor grandeza moral y capacidad intelectual, y aun guerrera, y ciertamente una pasión patriótica e integridad moral comparable. Por eso Fidel Castro, en la magnífica oración en el homenaje multitudinario que Cuba le hizo, después de relatar sus hazañas y trayectorias, exclamó: "Si queremos expresar cómo aspiramos que sean nuestros combatientes revolucionarios, nuestros militantes, nuestros hombres, debemos decir sin vacilación de ninguna índole: ¡Que sean como el Che! Si queremos expresar cómo queremos que sean los hombres de las futuras generaciones, debemos decir: ¡Que sean como el Che! Si queremos un modelo de hombre que no pertenece a este tiempo, un modelo de hombre que pertenece al futuro, ¡de corazón digo que ese modelo sin una sola mancha en su actitud, sin una sola mancha en su actuación, ese modelo es el Che! Si queremos expresar cómo deseamos que sean nuestros hijos, debemos decir con todo el corazón de vehementes revolucionarios: ¡Que sean como el Che!"

El experto periodista británico I. F. Stone (en una nota del *New Sta-*

teman de Londres, del 24-X-67) lo halló física y espiritualmente bello. Durante la entrevista, dice que se mostró travieso, chispeante. Pasaban por su rostro la compasión y un sentido de misión. Pero lo que más le sorprendió es que no parecía transformado, corrompido o intoxicado por el poder que súbitamente había caído en sus manos. Hablaba con esa total sobriedad que a veces enmascara inmensas visiones apocalípticas. Se sentía en él, agrega, un deseo de curar, una piedad por el sufrimiento que provenía del amor, como un perfecto caballero medieval que presentara combate a los poderes del mundo.

La humanidad no siguió siendo la misma después de la crucifixión de Cristo, hasta ahora. El Che, un Cristo criollo del siglo XX. El Che, tan poco místico y afecto a limbos celestiales, tan enemigo de altares. Vedlo allí, asesinado por los sicarios, extendido en Valleggrande sobre la piedra de los sacrificios. Está más bella que nunca esa noble cabeza yacente, con sus ojos fijos, sus rasgos delicados y limpios, sus barbas nazarenas. Los sencillos campesinos bolivianos que lo vieron dijeron: “Cristo volvió, y volvieron a matarlo”. Y le apodaron San Ernesto de Las Higueras. María Rosa Oliver lo recuerda como a un gaucho de los tiempos de Martín Fierro, con sus barbas y su cabello intenso. Su imagen encabeza las manifestaciones de los estudiantes de Francia o Alemania, en Estados Unidos, y qué decir de América Latina. Y su memoria está en el corazón de los jóvenes y late en su pulso.

Sin duda alguna el sacrificio de este jefe carismático no fue en vano. Y aun cuando nos falta tanto su inteligencia privilegiada y penetrante, su intrepidez, su visión mesiánica, de su pan y de su sangre nos nutrimos y vivimos, como en la Eucaristía. Por eso cada palabra suya, cada gesto, su trayectoria deben ser registrados. Por ello este “Testimonio”.

Su vida y su muerte obligan. Como dijo Julio Cortázar, ahora que ya no está más debemos seguir hablando con sus mismas palabras, escribiendo con su mano, continuar haciendo lo que la muerte suspendió. Qué gargantas enarbolan su grito de guerra: ¡PATRIA O MUERTE! ¡VENCEREMOS!

Habíamos pedido a los colaboradores el relato fiel de sus experiencias con el Che, exento de decoraciones, desnudos de toda retórica, para que los testimonios fueran los más auténticos, para que reflejen sin deformaciones su verdadera naturaleza. Los escritos que integran el volumen no son más que un aporte al conocimiento de su personalidad, elementos de juicio para comprenderlo desde adentro. Ayudaría aún

más el conocimiento exhaustivo de la época, del escenario en que actuó, de sus contemporáneos. Si sus camaradas veían en él al hermano, alguno de sus mayores celaban su paternidad. Así, Ezequiel Martínez Estrada y María Rosa Oliver. ¡Qué padrazos le habían nacido! Por excepción incluimos un relato de Julio Cortazar¹, que lo trató, porque aquí la creación literaria adquiere la fuerza de la realidad misma.

Córdoba, noviembre de 1968

¹ Ver en sección *Testimonios fuera de serie*.

Mis encuentros con el Che

Gregorio Bermann

En tres ocasiones me entrevisté con el Che.

Había venido a Cuba respondiendo a una invitación para participar en el II Congreso de Neurología y Psiquiatría y en el X Congreso Nacional de Medicina y Estomatología, que se efectuaron en La Habana a comienzos de 1960. Tenía naturalmente vivos deseos de conocer al Che, de quien tanto se había dicho durante la guerra de Liberación y posteriormente, pero absorbido por los trabajos del congreso, no di los pasos necesarios para encontrarlo. Y he aquí que una mañana, el 20 de enero, antes de mediodía, se anunció en el Hotel Habana Libre, donde residía. Se presentó en su atuendo militar, con el uniforme verde oliva que llevaba habitualmente. Bien plantado, acompañado por un escolta armado de metralleta.

Hablamos primero de nuestro país, cuya situación política era bastante irregular; la sublevación contra Perón, la lucha de las fracciones después de su caída, la actividad de los partidos políticos no había logrado dar estabilidad al nuevo régimen. Me expresó su desengaño por la actividad de sus compatriotas en el exilio y me relató que días después de la caída de Perón se habían reunido en México varios argentinos para ver lo que se podía hacer. Guevara propuso un programa de cuatro puntos para apoyar la nueva situación, que fue rechazado de plano, entonces se apartó de la acción.

Después me habló de la profunda decepción que le causó Acción Democrática de Venezuela, cuando conoció a Betancourt en Costa Rica, sobre todo por la tercera posición que éste se proponía adoptar en caso de guerra: defender a Panamá y al petróleo venezolano, que serían a su

juicio los primeros objetivos soviéticos; solo podemos estar del lado de Norteamérica, había declarado.

Y después desde el punto de vista práctico, el Dr. Peñalver que tenía influencia en Guatemala a quien había recurrido para que pusieran en libertad a su esposa, que estaba presa, ofreciéndose a ir él en su lugar, en nada lo ayudó. Tampoco consiguió la visación del pasaporte. Por eso no quiso exponerse en la Argentina, que se encontraba en condiciones más difíciles. A propósito de Guatemala, recordé a Melvin René Barahona, que era mi secretario, y que me había referido reiteradamente su convivencia con Guevara cuando estaban refugiados con muchos otros en la embajada de Argentina en la capital de Guatemala, después de la caída de Arbenz; sí, él recordaba a Barahona, pero le fastidiaba que en circunstancias tan dramáticas se preocupara solo por la poesía. Melvin era un periodista y poeta, que desgraciadamente falleció después en Córdoba.

Guevara se interesó particularmente por Córdoba, donde yo residía, y me preguntó por el Dr. Enrique Barros, que había sido un tiempo el médico que lo trató en su infancia por el asma, y a quien había escrito desde Sierra Maestra, sin obtener respuesta. Me dijo que desde los tres años de edad residió en Córdoba, frecuentando entre otros a los hijos de Gonzalez Aguilar; conoció a mis hijos. Se graduó de bachiller en el Deanfunovsky (se refería al Colegio Nacional Deán Funes). Había iniciado estudios de Ingeniería, que abandonó para ingresar a la Facultad de Medicina. De vez en cuando hacía pulverizaciones con un inhalador de bolsillo.

Me invitó a almorzar al día siguiente en el Banco Nacional del que era Presidente. Le pregunté cómo había llegado a esa posición. Lo natural, por su profesión y conocimientos, era que se interesara por las tareas sanitarias. Con ese motivo me relató que después de graduado en Buenos Aires, en 1953, quiso especializarse en alergia. Hizo algunas investigaciones, que se publicaron en México. La última, sobre hormonas femeninas y alergia, no pudo terminarla, pues era muy costosa; él mismo tenía que hacer solo los aparatos. Era entonces ayudante de la cátedra de Fisiología, creo que en la Universidad Tecnológica, y su sueldo apenas alcanzaba para subsistir. Para las tareas sanitarias eran muchos los médicos cubanos que podían encargarse de reorganizarla, y sonriendo me contó la anécdota que después se divulgó, aunque en otros términos: estaba con Fidel y otros jefes en una reunión de dirigentes de la Revolución en que se hablaba de la distribución de cargos en la nueva situa-

ción. Fatigado, amodorrado, creyó oír la palabra “comunista” y despertando se levantó de golpe:

—¿Comunista? Yo...

Se hablaba de economistas, y de esta manera “fortuita” quedó consagrado Presidente del Banco Nacional. Esta era la institución principal de las finanzas nacionales, bastante más que el Banco Central en la Argentina; gozaba de mucho prestigio por la seriedad de sus informes y balances.

Cuando estuve en Cuba por primera vez en 1954, interesado por comprender los problemas nacionales, y naturalmente los de su economía, me recomendaron la lectura de los informes del Banco Nacional como la mejor fuente. En las oficinas no tuvieron inconveniente en enviarme durante años a título gracioso la revista que publicaba, y desde entonces, hasta el triunfo de la Revolución me enviaron regularmente las numerosas y voluminosas publicaciones.

Guevara había tomado a su cargo funciones tan complejas y difíciles en ese período de la vida cubana, del mismo modo que durante la guerra asumió responsabilidades de las más duras y difíciles de la lucha guerrillera, los riesgos más peligrosos en los entreveros. No se recostaba por cierto del lado más blando y sencillo, sino al contrario. Cuando le dije que afortunadamente, por lo que yo sabía, contaba con un equipo de economistas avezados y de larga práctica, me contestó que no servían al objeto de la Revolución, porque habían estado al servicio de una economía estructuralmente deformada por el imperialismo, de mentalidad colonialista, que había convertido al país en uno de los centros de mayor rentabilidad para sus inversiones y en un mercado exclusivo de sus productos. En efecto, en 1958 el 53% de las inversiones norteamericanas se había concentrado en la explotación del monocultivo del azúcar, y un 27% en ferrocarriles, servicios públicos (American and Foreign Power y American Telegraph), gas, edificios, tierras; las importaciones desde Estados Unidos ascendieron a más de las $\frac{3}{4}$ partes del total; el sistema crediticio estaba prácticamente concentrado en la banca de Boston y Atlanta. Cuba era una factoría, y se le presentaba el problema extraordinariamente arduo de transformar la factoría en un país independiente.

Como señaló Raúl Roa en la VII Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores en San José de Costa Rica en ese mismo año de 1960, la deformación de la economía cubana, a pesar de la aparente prosperidad (el ingreso de dólares 350 per cápita era uno de los más altos de América), el 62% vivía en ranchos muy primitivos (los bo-

híos), el 53% carecía de servicios sanitarios, el 88% no tenía baños, el 84% se alumbraba con kerosén, según los datos del Censo de Población y Vivienda de 1953; el 44% de población rural jamás había asistido a una escuela, menos del 10% tenía acceso a la leche, la carne y los huevos como alimentos habituales; el promedio habitual de desempleo era de un 16% de la población activa, que ascendía en el llamado “tiempo muerto” azucarero al 19%, y aun al 30% en ciertas provincias; las dos terceras partes de la población ocupada recibía una remuneración mensual inferior a los 75 dólares.

Los gravísimos problemas económicos se acentuaron con el despilfarro de las reservas monetarias por la dictadura, el tremendo aumento de la deuda pública, los grandes gastos en ejército, policías y armamentos, la fuga de capitales, la deshonestidad y corrupción administrativas. Guevara tenía que enfrentarse no solo con los ingentes problemas del adecentamiento administrativo, sino también con la protección de las reservas monetarias mediante un severo control de cambios, la supresión del consumo de lujo a que tan acostumbrada estaba la burguesía, el acrecentamiento del ahorro nacional en vista de los grandes proyectos del desarrollo necesario. Por otra parte, las medidas revolucionarias de la Reforma Agraria, los cambios radicales en el comercio exterior, la diversificación de la producción agrícola, la política de la vivienda y de los demás medios tendientes a mejorar las condiciones de vida, el desarrollo industrial, la lucha contra la inflación y otros mil problemas, hacían el trabajo de Guevara sumamente engorroso y difícil.

Al día siguiente me recibió en sus oficinas de la presidencia del banco. Almorzamos en la mesa bien servida y allí improvisada, con algunos de sus colaboradores y miembros de la escolta. El ágape transcurrió gratamente entre chanzas y relatos. La única mujer que allí estaba, que Guevara no me presentó, era su compañera Aleida March, con la que después contrajo enlace; ella circulaba silenciosamente, atenta a las indicaciones del Che.

Cuando le pregunté qué otras cosas hacía, me manifestó que estaba escribiendo sobre la táctica guerrillera. En efecto, poco después aparecía su libro sobre las guerrillas, que apenas publicado se convirtió en un clásico que no sólo estudian los que aspiran a seguir su ejemplo revolucionario, sino también los colegios militares, especialmente en los Estados Unidos. Mencionó el libro al pasar, sin más comentarios, porque Guevara era el hombre menos ególatra que conocí, nunca hablaba de sí

mismo, ninguna vanidad asomaba en sus palabras, rehuía las referencias a su persona, pasado y actividad.

Fuera de sus funciones específicas tenía otras tareas y le preocupaban muchos otros problemas. Me consultó acerca de dos de ellos. Uno era el de la selección de los cuadros en el Ejército, que ahora estaba convertido en el ejército regular de la República, y ya no más de improvisados combatientes, de los campesinos, empleados, obreros y estudiantes que se habían incorporado; había que seleccionar los mandos no solo por sus valores revolucionarios sino también por su capacidad militar y de conducción. Entre otras me entregó la ley N°100, de febrero 23 de 1959 que trataba la “Creación de Departamentos de Asistencia Educacional y Técnica a las Fuerzas del Ejército Rebelde”, cuya alma era Raúl Castro, con la colaboración del Comandante Augusto Martínez Sánchez, antes Ministerio de Defensa y ahora de Trabajo, y con la asesoría del Dr. Ramón González Castellón. ¿No habrá algún test psicológico o algún otro medio para detectar a los más capaces? El otro problema del que me habló fue el de los sistemas de reeducación de los hijos de los contrarrevolucionarios ejecutados o muertos durante la guerra. Me llamó la atención el acentuado interés por incorporarlos a la vida nacional, prescindiendo de sus antecedentes, a la par de los huérfanos de los guerrilleros. ¿Cuáles serían los métodos adecuados de reforma y reeducación?

No lo volví a ver en esa ocasión. Me interesaba conocer sobre el terreno algo de las hazañas del Che en su campaña militar, y aproveché un viaje que hice a Trinidad, encantadora ciudad colonial sureña, desde donde Hernán Cortés partió en su primera expedición a la conquista de México, para conocer el teatro de una de sus hazañas legendarias. Mi amigo fraternal Juan Marinello, el gran escritor, aprovechó una misión que debía llevar su secretario, el buen compañero señor Martínez, para invitarme a que lo acompañara, y que diera de paso una charla en Topes de Collantes sobre problemas de mi especialidad, el sanatorio de lujo para tuberculosis que había levantado Batista en uno de los lugares más hermosos de la isla.

El director del sanatorio, que había sido médico en la columna del Che, fuerte de 143 hombres, me relató cómo consiguieron los sucesivos triunfos. De regreso viajamos por la vía blanca en ese “invierno” cubano, todo verde y florecido, nos detuvimos en Santa Clara, donde finalmente se decidió la victoria de la Revolución y que provocó la fuga de Batista y sus cómplices. En la cuarta sección de “Relatos de la Vida Guerrillera”

(con el título *Las Barbas Seguirán*), cuenta Guevara lo que sucedió: al llegar a la Sierra del Escambray, hostilizó el aparato de la dictadura, cortando en primer lugar las comunicaciones, atacó las poblaciones vecinas para impedir la realización de los comicios proyectados, y fue tomando sucesivamente las diferentes poblaciones de los contornos de la capital de la provincia. Por otra parte realizó en el Escambray una intensiva labor por la unidad revolucionaria, ya que existía un grupo del Segundo Frente Nacional del Escambray, otro del Directorio Revolucionario capitaneado por el Comandante Faure Chomón, otro pequeño de la Organización Auténtica, un cuarto del Partido Socialista Popular comandado por Torres y, finalmente, el del 26 de julio. Después de laboriosas entrevistas, se llegó a una serie de acuerdos que concluyeron en la integración de un frente común.

A partir del 16 de diciembre las roturas de los puentes de todo tipo de comunicaciones habían colocado a las tropas de la dictadura en una situación difícil para defender sus puestos avanzados. Me interesaba particularmente cómo había tomado el famoso tren blindado adquirido en Gran Bretaña el 30 de diciembre, y me hice mostrar en detalle la hazaña. Cortadas las comunicaciones entre el centro de Santa Clara y el tren blindado, sus ocupantes, viéndose rodeados en las lomas del Capiro, trataron de fugarse por la vía férrea, y con todo su magnífico cargamento fueron forzados a embicar en un ramal destruido previamente, con lo que se provocó el descarrilamiento de la locomotora y algunos vagones. El tren fue atacado con cócteles molotov y botellas de gasolina encendida, con lo que en pocas horas se rindió la dotación completa, con sus 22 vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras y sus fabulosas cantidades de municiones.

Conquistados otros lugares fortificados, solo quedaba la mayor fortaleza del centro de la isla, el Cuartel Leoncio Vidal. El periodista Armando Giménez relata el impresionante diálogo de Guevara que concurrió al cuartel con el jefe rebelde para intimar la rendición (Sierra Maestra. Ed. Lautaro, Pág. 118). Ya era el primero de enero de 1959, y circulaban rumores de que la dictadura se había desmoronado con la fuga de Batista y sus allegados. Es así como unos pocos centenares de guerrilleros mandados por las dos columnas de Cienfuegos y Guevara rindieron millares y millares del ejército de Batista formidablemente armados. Esto queda dicho en dos palabras, pero la lucha fue muy brava; afortunadamente había contado con la heroica ayuda de casi toda la po-

blación, ya sublevada por el Directorio Revolucionario Local y otros grupos rebeldes.

En estas primeras entrevistas, Guevara era tan natural y llano, su habla no tenía ni rastros del acento argentino y menos del cordobés, más bien estaba cubanizado, estaba muy identificado con su nueva patria, era un cubano. Su figura alta, gallarda, me hacía recordar al autorretrato de Durero, aquel en el que señala el lugar de su lesión en la región del bazo.

Vimos al Che por segunda vez a mediados de 1961, cuando regresaba del Congreso Mundial de Psiquiatría del Canadá. Acompañado de mi esposa, lo visitamos en el ministerio de industrias, cuyo titular desempeñaba, empeñado en la transformación económica de la isla.

Conversamos de diferentes cosas. Al decirle mi señora que un matrimonio cordobés le enviaba saludos, expresó:

—Eso quedó atrás.

Como si fueran cosas y personas de un remoto pasado al que no volvería.

Acabamos de escuchar una disertación de Fidel en el local de la Radio Cubana, uno de esos largos diálogos con su pueblo, en que el líder analizaba agudamente los problemas de la hora, desentrañaba las cuestiones, adoctrinaba y enseñaba cómo resolverlos con inigualable capacidad pedagógica, siempre en impetuoso camino hacia adelante. Le manifestamos nuestra admiración. Nos escuchó en silencio, y el eco de nuestro asombro ante su gigantesca capacidad fue:

—Es aún más grande que esto.

Después leí en uno de sus artículos que consideraba el factor excepcional más importante de la Revolución Cubana “esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro” (“La experiencia de la Revolución cubana”, *Monthly Review*, julio-agosto de 1961, reproducido en la edición española de octubre de 1963).

La Argentina atravesaba momentos difíciles de su permanente crisis política social y económica. Cuánta falta nos haría en el país, le dije, y contestó:

—Cuando me necesiten, allí estaré.

Al salir comentamos los valores de su belleza física y espiritual. Los rasgos delicados de su rostro, enmarcado por su abundante cabellera y por la barba nazarena, la mirada aguda y chispeante, adquiriría por momentos reflejos irónicos y burlones. Una belleza varonil impresionante.

Cuando un campesino boliviano vio su cadáver entre el de otros dos ejecutados, se persignó y exclamó:

—Que Dios me perdone, se diría el Cristo entre los dos ladrones.

Entonces estaba en La Habana Ezequiel Martínez Estrada, al que naturalmente frecuentamos. Lo había escuchado en un mitin político, y Ezequiel, tan suspicaz y contrario frente a cuanto tuviera cariz político, me decía cuán diferente era el Che a los líderes que conocía, qué superior y distinta calidad tenía. Sobre esto, nuestro gran escritor publicó una bella página¹.

La última vez que lo vi fue en abril de 1963, en vísperas de mi partida, después de una estadía de tres meses de trabajos en la isla. Sabía que estaba muy atareado, pero tenía interés en dejarle el texto de mi conferencia sobre “La situación política en la Argentina”, que encabezaba mi libro *La Crisis Argentina*, publicado en 1965. Con la primera esposa de Guevara, la excelente compañera Hilda Gadea y otras personas de diferentes países de América Latina, habíamos constituido un grupo de trabajo para estudiar las condiciones políticas de nuestros países, y me tocó exponer la situación argentina. Ya se iban insinuando las contradicciones y querellas en la izquierda argentina, que desembocaron después en su resquebrajamiento y ruptura, y aunque Guevara permaneció bastante tiempo al margen de estas disputas, me pareció que no las podía ignorar el más representativo de nuestros compatriotas en la isla. Los comunistas argentinos que eran la gran mayoría de los que habían venido a trabajar a Cuba no escaseaban sus críticas al Che. Era evidente que estos no veían con buenos ojos a este heterodoxo, que no preguntaba por la línea del partido ni acataba sus directivas; entonces los afiliados regimentados del codovillismo lo miraban hostilmente, rumoreaban entre ellos. Después de la conferencia de Punta del Este su prestigio creció hasta adquirir la estatura del líder continental, y fue tanto el significado de su personalidad que a su solo paso por la Argentina y el Brasil, sus entrevistas con los presidentes constitucionales Frondizi y Quadros, contribuyó a provocar en mucho la caída de ambos.

Guevara ocupaba desde 1961 el Ministerio de Industrias, en la muy difícil misión de transformar las industrias de Cuba, de dotarlas de las 200 y pico de fábricas que anunció en la Conferencia de Punta del Este. Estaba muy atareado y no era fácil conseguir audiencia. Recibía a me-

¹ Ver en *Dossier documental* “Capitán del pueblo” de Ezequiel Martínez Estrada.

dianoche en el monumental palacio del Ministerio, y para llegar a su despacho había que atravesar varias instancias. De vez en cuando participaba en otras actividades, como sus intervenciones en la instalación de la nueva directiva del Colegio Médico Nacional o en la conmemoración de la fiesta de la Patria Argentina del 25 de Mayo, pero era evidente su propósito de abstenerse de intervenir y aun de opinar sobre los asuntos argentinos, de cuanto pudiera afectar la unidad de los argentinos, sin que él emitiera juicio. Era el hombre de Estado que se mantenía a la defensiva, y no tuve la fortuna de entablar la larga conversación que mantuvo posteriormente con María Rosa Oliver.

Me fascinaba el misterio de su personalidad, cómo había llegado a adquirir las capacidades y virtudes que se iban poniendo de manifiesto. En ese año de 1963 su madre pasó una temporada junto a él, y las veces que almorzamos juntos con ella volvía yo sobre las etapas de su vida, tratando de descubrir por qué y cómo aquel muchacho “cordobés” había llegado a ser el Che. Su madre era una mujer toda pasión, muy arrojada y vehemente, no disciplinada, y aspiraba a emular a su hijo, a desempeñar un rol revolucionario en la perturbada vida argentina para orientarla en el sentido en que Guevara se había desempeñado. A su regreso, Celia formó un grupo innovador, que al cabo no tuvo trascendencia.

En Santiago de Cuba me encontré con su viejo amigo, el Dr. Granados, que se desempeñaba como profesor innovador en la Universidad de Oriente, que había sido su compañero de aventura por los diferentes países de América. Tampoco Granados pudo develar el enigma de su desarrollo y maduración. El secreto estaba en las condiciones singulares y únicas de su personalidad, en contacto con la situación revolucionaria explosiva en América Latina. El mismo Che declaró enfáticamente varias veces cuánto debía a Fidel y a Cuba, y cómo las semillas que traía en sí mismo maduraron en la hoguera de aquel líder extraordinario y en la acción de Sierra Maestra.

Estábamos al final de la entrevista en ese enorme edificio de la Plaza de la Revolución, lleno de silencio nocturno, que me recordaba al Ministerio de Hacienda de Buenos Aires en Plaza de Mayo, pero tan polarmente contrapuestos en sus funciones. Yo no sabía que no vería más su rostro iluminado por una profunda llama interior, nada eruptiva, tranquila y serena. No quería irme sin respuesta a mi búsqueda ansiosa. Ante mi inquisición, él mismo me dio la llave recordando el dicho de Martí, que anoté: “Es el hombre en sí, y lo que es lo pone en él el pueblo”.

Su pueblo era Cuba, Argentina, toda América Latina, su pueblo había hecho que adviniera lo que llegó a ser. Sí, el Che era la hechura de su tiempo y de su pueblo. Quedaba empero un núcleo escondido, ignoto. ¿Por qué él y no otro, u otros? Guevara no había sido devorado por la medicina, la economía, las finanzas, las industrias. En ningún momento olvidó el objetivo esencial, la meta de la revolución: el hombre, la renovación del hombre, o como lo dijo muy concisamente en un reportaje en Argelia: “El socialismo económico sin la moral comunista no me interesa”. Después de todo, es imposible el socialismo sin el Hombre Nuevo. El socialismo o comunismo tiene precisamente por objeto al Hombre Nuevo, y a su vez no puede sobrevivir, no se puede hacer, no cabe la posibilidad de su realización, si el hombre no se rehace, si no se recrea, si no renace. Este es el descubrimiento de los Tiempos Nuevos. En esta fragua volcánica se está forjando. Guevara es una mutación, en que se consumó la forja del Hombre Nuevo. Todo lo condujo a este destino, desde el momento que adquirió conciencia de lo que debía ser el artífice de su propio ser. Así se produjo el encuentro de Sócrates con Marx en él, y otros como él, advino lo que anticipó Martí, el *hombre real*, acelerado por el abono de su sangre y de su empeño profundo.

Córdoba, octubre de 1968

Sin apuntes ni grabación

María Rosa Oliver

Fines de enero de 1964. Los invitados a oír el informe sobre el motivo y los resultados de su viaje a la Unión Soviética que Fidel Castro iba a dar a su pueblo, ocupábamos ya todas las filas de asientos de la sala de emisiones de radio La Habana. Volví la cabeza, y al fondo, junto a la puerta de entrada, vi por primera vez al comandante Ernesto “Che” Guevara. Conversaba sonriendo, y riendo, con algunas personas. Cierta timidez y el temor a ser inoportuna me impidieron acercarme a saludarlo. Igual que, una hora después, me petrificaron en el momento en que Fidel Castro, terminada su exposición, pasó lentamente ante mí al salir de la sala. Ni pude tender la mano, ni despegar los labios al hallarme en presencia de quien desde unas horas de fines de 1959 dio a dieciocho pueblos hermanos la certeza de que su suerte puede cambiar.

Pasados un par de días, una de mis amigas de la “Casa de las Américas” me avisa por teléfono que el Che quiere verme. ¿Dónde? “En su oficina” le digo, porque el hotel en que me alojo, de inconmensurable tamaño, marmolería y mal gusto (mandado hacer por George Raft) es el marco menos adecuado para un encuentro que no preví y que ahora al saber que lo tendré me emociona. Tres factores, sin embargo, deberían mitigar mi emoción: El Che es argentino y caló demasiado fácilmente a mis compatriotas; es —me lo recuerda Pepa, mi eterna acompañante— uno de los chicos, que treinta años atrás vimos jugando barulleros entreverados, en casa de una de sus tías y por último, el heroísmo con armas no ha sido el que más me ha exaltado. Queda su actitud ante la vida y esta sí importa... El comandante nos espera de pie en el vano de la puerta de su oficina del Ministerio de Industrias. El cuerpo bien pro-

porcionado en su uniforme color de aceituna se recorta a contraluz. Los lóbulos frontales salientes agregan un leve aire taurino a la cabeza del dios griego, de Zeus, debido a la barba juvenil y el pelo corto. Como la voz, el apretón de manos es suave y recio. Nos hace pasar a su despacho y ahí nos dejan solos.

Se sienta frente a mí en el sofá y me pregunta si conozco a su madre. A mi negativa responde:

—Ella la conoce a usted: le oyó una conferencia sobre China que le gustó mucho.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Se lo habrá dicho y usted no se acuerda... De esto hace doce años.

Mientras maldigo mi mala memoria, él muy cortésmente pretende seguir hablando de mí; le advierto que no es para eso que acabo de hacer un viaje que me llevó casi hasta el Polo Norte. Sonríe, prende su cigarro, mi cigarrillo, expele el humo y queda callado. Le digo por lo visto no tiene mucho que decirme ni qué preguntar: claro abundan en Cuba los argentinos que pueden tenerlo al tanto...

—Con estos argentinos yo no me entiendo —tras una breve pausa añade:— y no sé cómo piensa usted.

A su circunloquio, respondo con una evasiva:

—Yo tampoco me entiendo con ellos.

—¿Por qué?

—Son como esos pueblerinos que en la capital desconfían de todo y se sienten perdidos. No comprenden bien lo que está pasando aquí.

El comandante sonrío: ya sabe cómo pienso. Se levanta, va hacia una mesa cubierta de publicaciones y de espalda me espeta:

—Desde hace cinco años usted está perdiendo el tiempo.

(Cinco años han transcurrido desde la noche de verano, rondada de luciérnagas y sonora de grillos, en que por la radio oí proclamar la victoria que nos señalaba, sin que yo lo advirtiera, un nuevo rumbo a seguir.)

El comandante se vuelve hacia mí y me pregunta si he leído algo de lo que él ha escrito.

—Me gustaría saber qué le parece —agrega entregándome un pequeño libro.

Al agradecerle *Pasajes de la guerra revolucionaria* y la dedicatoria, le pregunto cómo debo llamarlo.

—Como quiera, menos doctor.

Han traído café y colocado la bandeja sobre la mesa baja, ante el sofá. Él lo sirve con movimientos tan equilibrados y seguros que pienso en la precisión de un cirujano. Pero ni se me ocurriría llamarlo doctor: sí ya sé que solo podré llamarlo comandante y que por primera vez este término tiene para mí un sentido que trasciende lo militar. Sé también que a pesar de ser él un muchacho y de estar en un país donde el *usted* no se emplea, me será imposible tutearlo. Observo su soltura y recuerdo la amiga que, de vuelta de la conferencia de Punta del Este, me sorprendió al mostrarse sorprendida de los buenos modales del Che Guevara. Para divertirlo se lo cuento.

—No los tengo, dígame a su amiga —dice con tono socarrón y tras una breve pausa, en la que se repantiga en el ángulo del sofá, agrega ya serio, pensando que el consejo pueda serme útil:

—Hay que librarse del complejo de origen... Yo ya lo he logrado.

—¿Del origen o del de clase?... de la clase para la cual usted ya es un traidor.

—Como usted.

Ambos reímos. Hablamos del medio ambiente, de la educación que acondiciona y a propósito le digo que me habían llamado la atención el tono y los argumentos de gran abogado a que había recurrido Fidel Castro en su informe televisivo.

—¿Usted estuvo la otra noche en Radio Habana? ¿No me vio? —ante mi afirmativa, frunce el ceño:— ¿Le parece bien lo que hizo?

—¿Qué hice?

—No mandarme a llamar para que fuese a saludarla.

Es un matiz, lo sé: otro, cualquier otro, habría dicho: ‘no ir a saludarme’. Registro el matiz revelador de la calidad de un alma mientras el diálogo engrana sobre la burguesía de la isla, particularmente del sector intelectual que ha comprendido la Revolución y se ha integrado a su proceso. De ahí surge el tema del día: la controversia pública entre los que defienden la libertad de expresión y los que creen necesario atenerse al realismo socialista. Como Fidel Castro, él está con los primeros.

—La polémica se suscitó —me explica— ante una tentativa de aplicar la censura a *Viridiana*, de Buñuel. La oposición a esta medida alegó que el pueblo tiene derecho a ver lo que le guste. Es verdad, pero siendo así entre *Viridiana* o un *western* —que por el momento no se pasan— el pueblo prefiere el *western*, yo también.

—A mí me gusta el *western*, si es bueno, y *Viridiana*.

—A *Viridiana* yo le tomo mal olor.

—¿No será que con el socialismo se está volviendo puritano?

Enarca las cejas de burlón y murmura “los puritanos...” Enseguida cuenta que cuando el gobierno decidió suprimir la explotación de mujeres, el “raterismo” y la mendicidad, a uno de los funcionarios encargado de cumplir las nuevas disposiciones no se le ocurrió nada mejor que ir a media noche en un camión, detenerlo en medio de una plaza circundada por pequeñas casitas, especies de *motels*, que las parejas alquilan por horas, y ponerse a vociferar por altoparlantes: “¡Basta de vicio!”, “¡respeten la moralidad!”, “¡vuelvan a sus hogares!”, “¡salgan de ahí, pecadores!” Por supuesto nadie salió.

—Ese funcionario fue destituido —agregó el Comandante.

—¿Por ineficaz?

—Por mal psicólogo.

Sin salirse del tema, y como yo estoy en La Habana invitada para ser jurado en un concurso literario, comenta que las novelas que tratan sobre la reciente revolución, además de ser falsas y estereotipadas, tienen una tendencia a la moraleja que hace pasar por alto hechos dignos de ser narrados.

—A ver qué le parece este: cuando entramos a La Habana los guerrilleros serranos, que nunca habían estado en un pueblo grande, fueron recibidos, arrebatados, más bien, de camiones y filas, por mujeres jóvenes, con vestidos limpios y bien planchados, maquilladas, perfumadas, los brazos tintineantes de pulseras. Cada una se llevó a un guajiro que ignoraba todo de la vida de la ciudad. Le dio buena comida, canciones, caricias y una noche de amor. A la mañana siguiente los serranos querían casarse enseguida con esas mujeres espléndidas que se habían enamorado de ellos... Le regalo este relato.

—Escríbalo usted...

—No, a mí me falta tiempo. Si escribo tiene que ser sobre táctica de lucha...

(Pienso que para relatar de manera vívida ese episodio de los totalmente inocentes tendría que saber la hora en que llegaron a La Habana —en aquellos días medio casino, medio prostíbulo—, qué luz de sol o artificial iluminaba las calles cuyo nombre ignoro y, sobre todo, conocer bien los modismos del habla popular.)

Él prosigue hablando de los campesinos, sus compañeros de lucha en las sierras y el llano. De la natural desconfianza con que, al comienzo,

recibían a los desconocidos uniformados y armados; de cómo, poco a poco, iban comprendiendo y prestaban su ayuda y, muchos, se incorporaban a la guerrilla. El comandante relata con calma, evoca con ternura, siempre dando primacía a las reacciones humanas, nunca poniéndose en primer lugar, recurriendo, de tanto en tanto, al matiz risueño que pone una chispita de malicia entre sus párpados entrecerrados. Sólo mediante detalle oportuno, recordado al pasar, recalca lo que significaba tener por jefe a un hombre como Fidel Castro, todo sin el menor asomo de énfasis o de retórica. Al narrar la lucha convence más que los que tratan de persuadir con argumentos teóricos sobre la finalidad de esa lucha. Y porque se atiene a hechos concretos y a sus propias experiencias con una llaneza que podría parecer despegado si no se la sintiera como rescoldo del fervor contenido, voy descubriendo en él, deslumbrada, al antifigurón que redime a una tierra infectada de figurones. Lo pienso mientras él habla; decírselo no podría: todo elogio, por sincero e indirecto que fuera, sonaría a frase hecha dicho a quien no emplea ni una. Se lo hago indirectamente a propósito de Fidel a quien, la antevíspera, vi en un documental sobre el salvataje en las zonas inundadas a consecuencia del ciclón, volando bajo en un helicóptero sobre remolinos y correntadas o metiéndose al agua para salvar a alguien. Le pregunté qué derecho tiene a exponer así su vida un hombre tan necesario.

—El de exponerse demasiado, es un reproche que muchas veces le han hecho a Fidel, pero si en momentos álgidos un jefe no está presente, si por cautela o táctica se mantiene apartado, u oculto, cuando los demás se exponen, la gente le pierde fe, deja de seguirlo. —Explica el Comandante que añade con pasmosa naturalidad: —Sea donde fuere, un revolucionario debe estar dispuesto a morir al instante. —Recapacita con los ojos entornados y, como si para esto me hubiese llamado, pregunta:

—¿Usted cree que América Latina podría liberarse sin insurrección armada?

Niego con la cabeza y me siento súbitamente oprimida: la violencia, que imagino en todo detalle, me horripila pero, lo sé, lo he sabido desde antes de tener conciencia de ello, otra violencia que por solapada es más cruel, le es impuesta diariamente a una inerme mayoría. Se trata de poner término con la violencia ocasional a la violencia crónica. No necesito formular al comandante mi fugaz pensamiento: la idea de la gran redención está latente tras todas sus palabras; sus milagrosamente sencillas palabras.

Le expongo mis dudas en cuanto a la posibilidad de que la lucha

insurreccional pueda liberarse con éxito en otras regiones. Refuta, explica: “está decidido”. Ante su decisión callo mi último argumento: que para que la insurrección triunfe, la desesperación del pueblo tiene que ser encausada por un hombre con la integridad moral suya. ¿Entre nosotros, y en el resto del mundo, hay muchos como él? Sé que no. Lo sé porque me ha bastado esta hora de conversación con él –y no sólo sobre temas trascendentales– para tener la seguridad que en ese instante tengo: la de que todas las personas, y llamadas personalidades, que he tenido oportunidad de tratar en mi larga y viajada vida, en ninguna se complementaban, como en él, y con tal equilibrado y armonía, la inteligencia, el corazón y el carácter.

Una hora después, con esta impresión me despido del comandante.

Y bajo esta impresión recorro gran parte de la isla que él ha ayudado a liberar. Todo lleva el sello de la juventud valiente y abnegada que la convirtió en un territorio habitado por seres que se sienten responsables de su destino y artífices de un socialismo con características nacionales. Veo los resultados casi mágicos de la campaña de alfabetización. Veo los rostros con luz de alegría de los que se sienten dueños de la tierra y la hacen producir. Veo las casitas flamantes que van reemplazando a los bohíos de estacas y paja. Veo universidades sonoras de risas, discusiones e inesperados pareceres. Veo fábricas y talleres en los que predomina similar desenvoltura. Veo el futuro tomando cuerpo en siempre modificable y perfectible construcción. Veo las sierras y la costa cenagosa en que desembarcaron del *Granma* los iluminados por la fe, de que algo, no todo en esto que veo, sería posible.

Y todo esto –necesito repetírmelo– es fruto de una inicial violencia. Del desarrapado o el intelectual con fusil al hombro. De los que por ser humanos y más que humanos tendrían en adelante por enemigo a los pentagónicos y pentagonizados *supermen* servidores de los inhumanos consorcios internacionales. Alerta y en la brecha, siguen estando en Cuba los nuevos titanes de uniforme verde oliva y barbas crecidas en las sierras. La paz, continuamente amenazada, no les permite descanso. Quizá una comodidad relativa...

Estoy trabajando en “Casa de las Américas”. Oficina de por medio, suena el teléfono. Una de mis compañeras lo atiende y después oigo que en el cuarto vecino le explica a otra: “Llama el Che... Aleida (su mujer) ha debido marcharse a ver a su padre enfermo... Los otros tres niños están en la escuela y la persona que los atiende tiene hoy servicio civil.

Él ha tenido que llevar a su oficina a la niña. Dice que entre él y el escolta pueden pasearla para que duerma, darle la leche pero que no saben mudarle los pañales... Pregunta si alguna de nosotras podría ir a ayudarlo... ¿Qué dices tú?"

Quedé pensando en el problema que el comandante era incapaz de resolver y preguntándome si otro argentino se habría puesto en el caso de tener que resolverlo y más aún si habría confesado estar en ese trance. Posiblemente tampoco un cubano, ni otro latinoamericano. Pero sí, en cualquier latitud, el hombre a quien el sacrificio hecho por el amor a los demás ha liberado de toda inhibición, de todo prejuicio, de toda vanidad permitiéndole ser final y esencialmente auténtico.

Transcurridas unas semanas y ya próxima a mi partida, el Comandante va a visitarme al hotel. A un hotel más central y menos ofensivamente espectacular que el anterior. Previamente debo convenir con Pepa qué hará ella durante la visita: no le interesa "el bla, bla sobre el mismo tema" (la política), no quiere esperar en el vestíbulo de entrada donde el vaivén aturde y menos en el balcón terraza porque esa noche sopla una brisa fría. Me convence de que lo mejor es que se tienda en su cama y duerma un buen sueño (el bla, bla ya otras veces ha actuado sobre ella como canción de cuna). No, ni la luz del escritorio ni de la mesa encuadrada en el rincón donde las dos cabeceras forman ángulo, le impedirán dormir. Deja abierta la puerta que da al corredor. Cuando llega el Comandante me llevo el índice a los labios: desde un cuarto de hora Pepa duerme a todo dormir. Le explico lo del bla, bla y hago notar algo que para él debe ser totalmente insólito: la persona prefiere dormir a escucharlo o que no es toda ojos a su presencia. Mira a la durmiente enternecido y me cuenta que él también tiene una gallega que lo cuidó de chico y de la pena que le tuvo porque ella no pudo ir a verlo a Punta del Este.

Se sienta a los pies de mi diván-cama, y como el teléfono sobre la mesa de luz está fuera de mi alcance, le pido que llame para que nos suban café.

—Necesita tomar café... ¿Para qué?

—¿Quién se opone? ¿El Ministro de Industrias o el que teme engordar? No tomé el que me corresponde después de la comida para tomarlo con usted.

Pide el café y mientras lo esperamos le digo que he leído su libro y que me recordó, por su estilo, al Lucio V. Mansilla de *Una excursión a los indios ranqueles*.

–El estilo llano y fluido del hijo de terrateniente que ha leído los clásicos –agrego.

–De terrateniente mi viejo no tiene nada –responde sonriente y se que mi juicio le ha caído bien.

Llega el camarero con el café. Al ver quién está ahí, se transparenta en su cara un asombro deslumbrado y se demora más de lo debido en sacar de sobre la mesa baja los libros y los papeles que impiden posar la bandeja. Le cuesta retirarse y le intriga ver una persona dormida. Por fin se va.

El comandante me relata episodios no incluidos en sus *Pasajes de la guerra revolucionaria* y aunque en ese libro se refiere mucho a Camilo Cienfuegos, vuelve a referirse a él con trémula ternura e ilimitada admiración.

–Tan lindo el sastrecito –exclama en voz amortiguada y empleando, como el gaucho, la palabra ‘lindo’ para designar todas las excelencias.

También como los paisanos criollos, sabe eludir la respuesta que le molesta dar. Lo advierte a propósito de algo que me cuenta momentos más tarde:

–En Nueva York, cuando fui a la Asamblea de las Naciones Unidas, recibí una invitación para un cocktail que daba una Rockefeller. “Quieren ver al monstruo” me dijo y decidí no ir, pero a la media tarde, en el hotel, me pregunté si valía la pena dejar de ver mujeres lindas y de comer cosas ricas por lo que pudiera o no pensar una persona que ni conocía. Fui y...

–¿Qué pasó cuando llegó el monstruo? –lo interrumpí.

–No bien entré, desde el otro extremo del salón una muchacha me gritó “Hola, Ernestito”, saludándome con la mano... ¿Usted sabe quién era la Cookie?

–La norteamericana que durante la guerra dirigió la I.C.A.N.A. en Córdoba... Pero ¿cómo fue su llegada?

–Creí soñar: la Cookie estaba más joven que hacía veinte años cuando volvió a Nueva York.

–¿Y las otras? ¿Las que esperaban al monstruo?

–Me acerqué a ella que, ante mi perplejidad, dijo riendo: Claro, no me reconoces. “Como yo tenía ocho años menos que vos, no me tomabas en cuenta. Soy la hija de Cockie”.

–¿Me va a decir o no qué impresión causó su llegada?

–Es medio cordobesa la muchacha: su padre era un Moyano...

Inútil. Me doy por vencida. He fallado el test que me habría permitido saber si tiene consciencia de su físico no sólo moralmente de extraordinaria belleza. A la vez siento un extraño halago de que me hable de cosas ajenas a los “asuntos serios”; de que se solace saltando, por momentos, de un tema a otro. Sospecho que esta oportunidad no ha de presentársele a menudo; además, justamente en los momentos que otros llamarían de charla insustancial surgen matices que me permiten completar su fascinante personalidad.

Me pregunta –sin especial añoranza– por amigos de su infancia que yo conozco y de ahí pasamos a hablar de la situación en nuestra tierra natal. Nos sumergimos en el tema de nunca acabar. Si algo nos desvía, volvemos a él, con pasión, con dolor, con angustia. Tanto que de pronto, golpeándose con la palma una rodilla, él me pide:

–Bueno, basta: no hablemos más de la Argentina.

–¿Por qué, si usted la quiere mucho?

–Por eso mismo –exclama, recapacita y me advierte para contrarrestar el impulso emocional:– Pero me siento más cordobés que porteño.

Lo comprendo: la patria chica es el lugar en que ha transcurrido nuestra niñez y la otra, la grande, sobrepasa para él medio continente. Conoce a fondo los problemas de cada país latinoamericano y me explica, basándose en su experiencia cubana, lo difícil que suele ser la solución de esos problemas y cómo al solucionarse prácticamente unos surgen otros imprevistos, que es preciso resolver a tambor batiente. Me da pormenores, siempre sacando de la experiencia conclusiones útiles pero sin caer en el tono doctoral (de nada está más lejos a pesar de ser argentino). Al contrario: por momentos parece estar a solas, pensando en voz alta; otros, su voz adquiere el timbre en sordina del que participa el descubrimiento de un tesoro. Así me dice:

–Tras lo escrito por Marx siento la misma vibración que en *Baudelaire*.

A propósito de Marx –generalmente parcialmente leído, mal asimilado y citado con frecuente mala fe– le pregunté si no ha llegado el momento de rehabilitar ciertos conceptos olvidados, menospreciados o distorsionados, que no entran en la terminología marxista, tales como el de la dignidad, el honor, la bondad, la compasión. Él me responde que hay que quitarles el polvo que ocultaba su verdadero significado y adecuarlos al cambio de actitud ante la vida. Siempre en esta línea de pensamiento, y particularmente respecto de la dignidad y la compasión,

vuelve a comentarme con gracia sutil los resultados negativos de la aplicación de ciertas medidas de moralización compulsiva con las cuales no estaba de acuerdo y que, en consecuencia, le repugnaba hacer cumplir.

–Sí... ya sé que he mandado a fusilar –murmura en respuesta a una entre pregunta y afirmación que le costó formular–. Bueno, créame, puede ser menos difícil que vigilar o perseguir por razones que sólo atañen a la vida privada –afirma y completa su pensamiento imitando con la mano el sinuoso deslizamiento de un reptil.

Acostumbrada a la dureza de los que se creen únicos poseedores de la verdad y pontificios custodios de la virtud (de los otros), la comprensión, la generosidad y la extrema sensibilidad de este hombre austero y sacrificado me deja absorta. Es el primer revolucionario (¿habré conocido otros?) que confirma mi sospecha, o más bien alienta mi anhelo, de que la Revolución echará raíces más hondas cuando al, por ahora, imprescindible marxismo lo complementa un nuevo humanismo. La dimensión humanista y la marxista se dan en el Comandante Che Guevara. Y esta integridad hace aún más convincentes sus argumentos contra la implantación en los países socialistas del incentivo material. Después de explayarse largamente sobre el problema que, en ese momento, más lo preocupa, concluye:

–Si la ganancia es el premio al trabajo, el hombre no saldrá de la enajenación; si el lucro es la finalidad del esfuerzo, el capitalismo seguirá aventajándonos. No se producirá el imprescindible cambio de conciencia ni se adquirirá el sentido de responsabilidades necesarios para que surja el hombre nuevo...

Lo oigo y me pregunto si no se adelanta a la historia: si la humanidad está preparada a seguir a los como él, en quien viendo el primer hombre del futuro que, según lo prevé Teilhard de Chardin (basándonos en datos exclusivamente científicos) alcanzará su plenitud individual, será más *él mismo* en la medida en que se socialice. El ser olvidado de su yo y por lo tanto inmune a halagos y honores...

–Mire, no soy para ser ni el más alto funcionario en el más revolucionario de los gobiernos: soy para tirar tiros donde se luche contra el imperialismo –dice el Comandante como respondiendo a mi pensamiento.

Sé que no lo dice en vano. Lo único que me falta saber es cuándo lo hará, pero presiento que no tardará en hacerlo. La decisión está tomada y como ignoro lo que implica, para no ceder al enternecimiento, le pregunto:

–¿Qué quiere, Comandante, que yo también vaya a las sierras?

–Usted siga siendo como hasta ahora, pero con cautela –me aconseja levantándose del asiento en el que, como le es habitual, se había repantigado.

He estado con él más de cuatro horas. Mi primera impresión se ha confirmado con creces: la impresión de estar en presencia del ser con mayor talla moral y grandeza de alma que jamás he conocido. ¿Qué puedo darle yo en cambio de esos dones que, de ser creyente, llamaría al cielo, pero que se deben a una incommovible y contagiosa fe en el hombre? Nada puedo darle. Nada, salvo decirle –en el abrazo y beso de despedida– lo que nunca a nadie me he sentido impulsada a decir: que desearía ser su madre.

–Ser mi madre ha de ser bien duro –murmura al salir.

Desde el corredor me saluda con la mano.

Despierto a Pepa. Se incorpora, parpadeando, y me pregunta:

–¿Así que no llegó la visita?

Le señalo el reloj. Lo mira, refunfuña y se levanta a cerrar la puerta. Apenas lo ha hecho, golpean: el escolta viene a buscar la boina que el Comandante dejó olvidada.

Buenos Aires, octubre de 1968

Testimonios breves

Recordando al Che

Arnaldo Orfila Reynal

No, no es fácil decir, escribir lo que uno sabe que se tendría que decir. Pero ¿cómo no va a ser difícil alcanzar el sentido profundo de esa vida y esa muerte, al recordar nuestra falta de lucidez cuando lo vimos por primera vez y hablamos, discutimos con él como si hubiera sido uno de tantos; sin advertir la dimensión de ese ser que estaba ahí, sentado con humildad entre nosotros para compartir un examen intrascendente de la situación política continental? ¿Lo recuerdas, Raúl Roa? Fue una noche de octubre del 55, en aquella oficina insignificante del Paseo de la Reforma de la ciudad de México, cuando nos reunimos unos pocos para comentar acontecimientos menos dramáticos que los actuales. Entró, algo retrasado, y sin presentarse, sin decirnos tan solo que él no era uno de tantos, que él era el que estaba siendo y el que iba a ser, se acercó a nuestra rueda como con cierta timidez, un poco alejado, tal vez con la intención de no mezclarse en nuestro debate. Pero lo hizo, discrepamos, discutimos, él a veces con maliciosa gracia, con convicción siempre; y pasó la medianoche y nos separamos y lo dejamos ir sin saber que frente a nosotros había estado un ser distinto a todos.

Cinco años después, en mayo de 1960, fui a visitarlo a su despacho de Director del Banco Nacional de Cuba. Podrá resultar un recuerdo frívolo: ¿pero no es verdad que debe guardarse aquella imagen que advertí al abrirme él la puerta y descubrir que un director de banco me recibía en traje de fajina de guerrillero y con boina de comandante? No es ese un detalle insignificante, estoy seguro.

Le recordé nuestro encuentro y la discusión de cinco años antes, confesándole que me avergonzaba recordar que él, el joven lampiño que

se iniciaba en la vida política, pudiera haber acertado en sus exámenes y sus diagnósticos, cuando yo, desde la altura de mis años, había visto todo tan borroso que ni siquiera había advertido que él llegaría a ser el Che Guevara. Recordó tan precisamente aquel pequeño episodio —que debía haber desaparecido de su memoria cargada de la experiencia dramática de esos gloriosos cinco años— que me contestó riendo con esa alegría infantil que era tan frecuente en él: “No, usted se olvida... esa vez salimos 1 a 1, porque yo también me equivoqué: usted afirmaba que aquel futuro presidente argentino traicionaría a nuestro pueblo y yo todavía creía en él...”

Salí de ese encuentro con un extraño sentimiento de asombro, de emoción, de orgullo. Me llevaba conmigo su “manual” histórico que aquí tengo: “a difusor de la cultura, de un difusor de la guerrilla”, me escribió para comprometerme. ¿Por qué salía orgulloso de ese contacto? ¿Cómo pude sentirme tan cerca de ese hombre —como nos ocurrió en aquella larga tarde inolvidable en que nos reunimos en casa de Roa, con su mujer y las nuestras— cuando aquella noche primera no supe presentir siquiera al gran revolucionario que ahora estaba realizándose?

Su muerte, tan llena de grandeza y de significado, pareciera habérmelo acercado más, y aquí solo quiero hacer una confesión: fui toda mi vida un fervoroso creyente en el internacionalismo y jamás me sentí conmovido por sentimientos patrióticos. Ahora, en esta ya tan avanzada etapa de mi vida, la muerte del Che ha hecho renacer en mí un cierto orgullo nacionalista: la Argentina, derrotada desde tantas décadas, de pronto le ofrece al mundo un ejemplar humano que no es fácil hallar entre los hombres de tantas tierras y de todos los tiempos. Aquella pobre patria nuestra se engrandece ahora, se purifica ahora de sus miserias, de su pequeña y oscura existencia contemporánea. La vida y la muerte del Che entrarán en nuestra historia, le darán luz nueva y encenderán en ese pueblo alientos y esperanzas que han de salvar nuestro futuro.

Sé que no es esto lo que debía decir, pero solo he querido estar ahí, en reunión de amigos, para que hablemos sencillamente del Che.

México, octubre de 1967

Carta de Haydée Santamaría a Gregorio Bermann

[...] Sabíamos casi la imposibilidad de que ustedes pudieran hacer nada en nuestra fecha, escribimos a muchos amigos sabiendo esto, pensamos siempre se puede, muchas veces hasta un pequeño grupo de amigos se reúnen, hablan, recuerdan los hechos, lo que se recuerda se quiere más y al quererlo más ya están haciendo un homenaje a la fecha, a los héroes, a los pueblos y estas cosas son de todos, son demasiado grandes para pertenecer a nadie, son hechos de todos los buenos de la tierra y si caen en nuestras tierras hombres tan grandes, si cierran sus ojos en tierras que no es en la que nacieron como esos hombres, esas ideas pueden ser de un pueblo, son hombres, son ideas para todos, para la historia de los pueblos, para que nuestras futuras generaciones tengan riquezas y no se conviertan en seres sin razón de vida. Para que eso no pase se sigue adelante, aunque por momentos el dolor nos mate, tenemos que pensar ¿qué hubiera sido de nuestras vidas sin la presencia sin las ideas de Martí? Eso fue nuestra primera riqueza, éramos niños y todavía no sabíamos de otros grandes, después conocimos de tantos, esas vidas nos hicieron fuertes, pues hoy tenemos que pensar que la vida, las ideas del Che harán fuertes a otros niños, aunque hoy pensemos el dolor nos mata, seguimos adelante, y con fuerza, nosotros y todos los hombres en los que ponía su fe el Che, para que otros, otros hombres sin fe en el futuro, con hambre de presente nada más, no enturbien con su turbio presente las ideas y acciones de un hombre que pertenece a todos los que aman y tienen fe en el futuro, en el futuro de Che, no en el presente pequeño y turbio.

Buen amigo Bermann, es difícil escribir o hablar en este momento sin que trasluzca el dolor, pero también la fe.

29 de noviembre de 1967

Carta de Gregorio Bermann a Haydée Santamaría

[...] Es verdad que morir por la patria es vivir, que los grandes revolucionarios no terminan con su muerte física: esto no quita la terrible falta que nos hacen sus conocimientos y experiencia, su visión, su coraje, sus análisis profundos, la antítesis de tanta ligereza e improvisación, su excepcional calidad personal. Especialmente para los argentinos es una pérdida enorme en medio de nuestras tribulaciones y desunión. Él era el cemento y la base de nuestro porvenir.

En un homenaje que le hicimos en Córdoba dije que los argentinos no podíamos seguir siendo los mismos después del Che: algo está cambiando radicalmente dentro de nosotros: la conciencia de un deber incumplido. Una línea divisoria separa a los que han vivido la garrulería, la pomposidad, la vanidad de los 'héroes' de plaza, del ejemplo de su austeridad, profundidad, entereza, de su pasión por el pueblo y por el destino entero del hombre. El Che es el paradigma de los buenos argentinos de hoy y de mañana. Por eso me estoy preocupando en recoger un testimonio argentino de los que han conocido y tratado para un libro que tal vez se edite este año. Su padre se ha comprometido para este testimonio en uno de los capítulos.

Para mí personalmente era más, mucho más aun. Guevara era algo menor que mis hijos, pertenecía a su generación, eran suyos sus amigos cordobeses, participaba en los mismos juegos, les angustiaban problemas y preocupaciones similares, se agitaban y luchaban por lo mismo, lo sentía como un hijo nuestro. Era nuestra esperanza, la esperanza de las mañanas que cantan. Con su crecimiento y desarrollo su pensamiento y su acción cobraron tanta fuerza y altura que excedió a todos de lejos en conocimiento y visión, en capacidad y valentía. Era ya un maestro. Entonces lo sentía como el hijo y como el padre. Singular sentimiento, por lo que su muerte, su asesinato, ha estremecido mis entrañas.

Su vida y su muerte nos obligan. Como dijo Julio Cortázar en bellas palabras, ahora que ya no está más debemos seguir hablando con sus mismas palabras, escribiendo con su mano, continuar haciendo lo que su muerte suspendió [...]

Marzo de 1969

Ernestito

Carmen de la Serna de Córdoba Iturburu

[...] En la niñez de Ernestito, estuvimos muy separados. Su asma lo llevó a Córdoba, nosotros nos quedamos en Buenos Aires. Sólo uno, o dos veranos lo pasamos juntos. Puedo decirle que fue un chico muy bueno. No podía ver indiferente, ni la necesidad, ni la desventura. En Córdoba vivieron en una casa en las inmediaciones del parque y frente a una olla. Allí le pidió a Celia (su madre) y ella accedió, que quedara para siempre abierta la puerta de la calle, y la de la cocina, para los que vivían en la olla, que carecían de agua corriente, pudieran ir a buscarla, todas las veces que quisieran.

Sus amigos fueron siempre de condición social humilde, por los cuales se jugaba entero, en ayuda y en enseñanza. Todos sus amigos (aun los que tuvo desde muy chico), lo adoraban.

Era muy tierno con su madre. Para ella, también fue el hijo predilecto, y su apoyo, en cualquier dificultad. Su ternura alcanzaba también a los animales. Un pajarito que se enredó en un alambre, lo afligió tanto, que para sacarlo de esa situación (pues si no el pajarito se moría) se subió a un caño en el tercer piso de su casa de la calle Araoz, con verdadero peligro de vida, y desesperación de sus familiares. La ternura con su hermano Juan Martín (el menor) fue conmovedora. Quiso casi hasta el final, tenerlo a su lado. Creo que tenía conciencia de su valor, y creo que pensaba que cuando se proponía algo lo conseguía. Su voluntad fue inmensa. Dominó el asma (que fue muy fuerte), hasta conseguir que no interfiriera en sus proyectos.

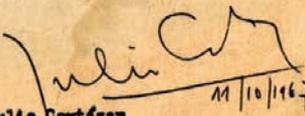
Otros hechos ya se conocen. Fue para nosotros uno de los tantos chicos de la familia, sobre el cual no pudimos medir la importancia histórica que el destino le deparó.

Buenos Aires, agosto de 1968

Testimonios fuera de serie

MENSAJE AL HERMANO

Ahora serán las palabras, las más inútiles o las más elocuentes, las que brotan de las lágrimas o de la cólera; ahora leeremos bellas imágenes sobre el fénix que renace de las cenizas, en poemas y discursos se irá fijando para siempre la imagen del Ché. También éstas que escribo son palabras, pero no las quiero así, no quiero ser yo quien hable de él. Pido lo imposible, lo más inmerecido, lo que me atreví a hacer una vez, cuando él vivía: pido que sea su voz la que se asome aquí, que sea su mano la que escribe estas líneas. Sé que es absurdo y que es imposible, y por eso mismo creo que él escribe esto conmigo, porque nadie supo mejor hasta qué punto lo absurdo y lo imposible serán un día la realidad de los hombres, el futuro por cuya conquista dio su joven, su maravillosa vida. Usa entonces mi mano una vez más, hermano mío, de nada les habrá valido cortarte los dedos, de nada les habrá valido matarte y esconderte con sus torpes astucias. Toma, escribe: lo que me quede por decir y por hacer lo diré y lo haré siempre contigo a mi lado. Sólo así tendrá sentido seguir viviendo.


Julio Cortázar 11/10/1967

El hombre nuevo¹

Gustavo Roca

El Che argentino

No poseo ningún secreto ni he sido tampoco depositario de ninguna confidencia; pero pienso que pesaron además, y desde siempre, entremezclados con estas motivaciones políticas e ideológicas, otros elementos, ya de tipo personal, que no pueden ignorarse y que seguramente influyeron en su decisión. Guevara, por de pronto, no era cubano; no lo era ni por su nacimiento ni por su formación, ni aun por su idiosincrasia y estructura personal, aunque lo fuera por su lucha y por sus vínculos con Cuba y su pueblo. Era argentino; y un tipo especial de argentino, de extracción social y de formación política y cultural muy singulares. Había crecido y se había desarrollado y formado en su patria de origen. A Cuba había llegado con 28 años de edad, médico, ya vivida su experiencia en Guatemala, después de su peregrinaje por tierras de América, con un bagaje de conocimientos y de vivencias personales y culturales recogidas en su patria y en el seno de su pueblo. Existen cientos de testimonios que lo definen como un argentino típico. Están allí, no solamente su autodefinición de “argentino de voz extranjera”, sino especialmente sus costumbres y modos de vida, su permanente adhesión a los lazos familiares, su preocupación constante por los problemas y por las gentes de su país, su renovado afecto por antiguos amigos personales; incluso su cáustica y fina ironía. Fidel recuerda la admiración que suscitaba “aquel compañero que luchaba junto a nosotros y que no

¹ Publicado en *Cristianismo y Revolución*, Cuaderno 2, Che el Hombre nuevo, 1968.

había nacido en esta tierra, en cuya mente bullían sueños de lucha en otras partes del continente”. De acuerdo a este testimonio, durante la epopeya de Sierra Maestra, Guevara soñaba con combatir en otras latitudes indoamericanas. ¿En dónde si no en Argentina, en *su* Argentina?

Haydée Santamaría, la hermana de Abel, el héroe y el mártir del Moncada, su leal amiga cubana, en una entrañable carta que le escribe después de su muerte y que le dirige “a cualquier parte”, confirma estos sueños. “Te acuerdas –dice– ¿me lo prometiste en la Sierra! Me dijiste: no extrañarás el café, tendremos mate. No tenías fronteras –continúa–, pero me prometiste que me llamarías cuando fuera en “tu” Argentina. Y cómo lo he esperado... Sabía bien que lo cumplirías” –concluye–. Y cuando se encontraba con un compatriota, también sus sueños le llevaban a su tierra nativa. Martínez Estrada recuerda su primer encuentro con Guevara en La Habana: “¿De qué conversamos? De Argentina, de personas, de lugares y cosas que ambos conocimos y que están donde estaban”. “Los dos conservamos de allá –dice– una bandera no mancillada que podemos desplegar en cualquier parte”. Y recuerda el diálogo prolongado, casi sin término, en torno al mate con bombilla, “especie de amuleto que conmueve únicamente a los iniciados”. El mate, que nunca abandona; que un poco es el símbolo de su patria lejana; que “indefectiblemente nos acompaña (a los argentinos) cuando hemos partido y que es lo último que conserva para el paladar el sabor de la tierra nativa”.

Otro argentino que recién le conoció en La Habana en 1960 también refiere su encuentro y sus diálogos: “Tus melancólicos recuerdos de la Argentina, de nuestra sabrosa pizza, de la bulliciosa Facultad de Medicina y de todos los recuerdos de nuestra adolescencia”. Incluso su sobrenombre: el “Che” famoso y legendario que acepta e incorpora como una especie de apellido propio, no heredado, auto adquirido; como una suerte de patronímico de su bautismo revolucionario; un sello singular que traza al pie de sus cartas y mensajes y que estampa incluso en los billetes de banco; una indicación cierta de su origen y de su condición de argentino. Inútil es recordar que los argentinos somos para los países hermanos de América, especialmente para los limítrofes, simple y genéricamente los “che” y que así se nos identifica.

El Che latinoamericano

Guevara mismo, replicando a Adlai Stevenson en las Naciones Unidas,

después de agradecerle irónicamente su “referencia histórica a mi larga vida como comunista y revolucionario que culmina en Cuba” y de recordarle que su historia “es corta y realmente empieza en el Granma y sigue hasta este momento”, reivindica su condición de argentino y declara enfáticamente: “He nacido en la Argentina; no es un secreto para nadie. Soy argentino y también soy cubano y, si no se ofenden las ilustrísimas señorías de Latinoamérica, me siento tan patriota de Latinoamérica, de cualquier país de Latinoamérica, como el que más, y en el momento en que fuera necesario estaría dispuesto a entregar mi vida por la liberación de cualesquiera de los países de Latinoamérica, sin pedirle nada a nadie, sin exigir nada, sin explotar a nadie”.

Aunque en su mente y su corazón “habían desaparecido las banderas, los prejuicios, los chauvinismos, los egoísmos”, su adhesión emocional a su tierra de origen, su infancia, su adolescencia y su juventud transcurridas en su país; acaso una suerte de sentimiento de deuda y hasta de culpa para con su patria y su pueblo, a los que las circunstancias de su vida no le habían permitido servir directa y personalmente como sirvió a Cuba y al pueblo cubano; incluso la convicción de que la revolución no será posible en América sin el concurso de todos los pueblos latinoamericanos y en especial sin el concurso del pueblo argentino; son todos factores que seguramente debieron pesar en su decisión final.

Pero también jugaba la particular psicología de Guevara y su propia e íntima vocación personal. Él menos que nadie era un burócrata. No imaginaba, frente a las exigencias de la revolución en América, su destino ligado a un cargo ministerial y su vida limitada a la estrechez de las cuatro paredes de un despacho. Este “hombre íntegro a carta cabal, de honradez suprema, de sinceridad absoluta, de vida estoica y espartana”, como lo define Fidel, “reunía en su extraordinaria personalidad virtudes que rara vez aparecen juntas”. Así, a la par que un hombre de “pensamiento profundo” era un hombre de acción insuperable. Se confunden en su persona el hombre de ideas y el hombre de acción. Seguramente sentía también, vitalmente, la necesidad de actuar y se sabía en condiciones de hacerlo. Y precisamente por no ser cubano, justamente por ser argentino, a diferencia de Fidel, podía desatarse de sus ligaduras y podía reemprender la lucha armada en “otras tierras del mundo”. De allí que en su carta de adiós reitera que desliga a Cuba de toda responsabilidad, “salvo la que emane de su ejemplo”.

Guevara no oculta su desgarrón; por el contrario, lo confiesa. Se

aleja con una “mezcla de dolor y alegría”. Deja en Cuba lo más puro de sus esperanzas, lo más querido entre sus seres queridos y un pueblo que lo admitió como un hijo. “Eso lacera una parte de mi espíritu”, dice; pero considera su deber “luchar contra el imperialismo dondequiera que esté” y esta empresa “reconforta y cura con creces cualquier desgarradura”.

Romanticismo del Che

Guevara era, así, un espíritu a la vez apasionado y tierno, nutrido por un gran sentimiento de amor, capaz de las emociones más simples y naturales del hombre; pero estaba armado al propio tiempo por una voluntad de acero que había pulido –le dice a sus padres– con “delectación de artista”. Era, sin duda, también –no podía dejar de serlo–, un incurable romántico, una suerte de moderno Quijote del siglo XX. ¡Claro que lo era! ¿Y por qué no habría de serlo? Todos los grandes revolucionarios en la historia fueron, en el buen sentido de la palabra, buenos; y, también en el buen sentido de la palabra, románticos; y des-parramaron amor y ternura por el mundo. Y mucho más Guevara, que llega a la revolución –parejos estímulos– por el camino de la emoción y por el camino de la inteligencia; por un sentimiento de repulsa y rebelión frente a la injusticia y por un proceso de conocimiento y reflexión intelectuales que le arman ideológicamente para combatir esa injusticia que su sensibilidad descubre y repele. Los sentimientos y la inteligencia se integran y conforman el revolucionario y el hombre. Fruto de un hogar pequeño-burgués, con tradición y arraigo en el país, no sufrió en carne propia –es cierto–, es decir a título singular, los padecimientos de sus compatriotas pobres; pero sintió sobre sí el peso de las injusticias. Y se sublevó y buscó, inicialmente a tientas, en sus primeros viajes y aventuras juveniles por tierras de su patria y luego de América, su destino como hombre. Impacto tras impacto, revelación tras revelación, vivencia tras vivencia, fue armando su estructura vital y humana hasta que dio con su destino y encontró su propia ruta, la que intuyó antes y concretó luego en Sierra Maestra, prolongó en el Banco Nacional y en el Ministerio de Industria en Cuba y cerró en Bolivia con su muerte.

¿Puede el hombre –se pregunta Gramsci– dominar su destino? ¿Hacerse, crearse una vida? Y se responde: “El hombre es un proceso y, precisamente, el proceso de sus actos”. Y precisamente el proceso de sus

actos, los anteriores, los contemporáneos y los posteriores, es lo que explica el renunciamiento de Guevara y su nueva empresa revolucionaria.

En la carta de adiós a sus padres, sin ninguna reserva ni ocultamiento, habla de sí con aterradora honestidad, sin ninguna suerte de esquivo y falso pudor. Recuerda otra carta anterior de despedida, “hace de esto casi diez años”; y afirma que “nada ha cambiado en esencia”.

[...]

La juventud del Che

Después de su muerte, miles de jóvenes en el mundo entero –“la arcilla fundamental de nuestra obra es la juventud: en ella depositamos nuestra esperanza y la preparamos para tomar de nuestras manos las banderas”, había escrito también en “El Socialismo y el Hombre en Cuba”– han mostrado sus oídos receptivos, han escuchado el vibrante grito de guerra del Che, han tendido sus manos para empuñar sus propias armas y están entonando nuevos cantos de guerra y de victoria. No en vano, ni por mero azar, o por simple adhesión romántica, los retratos del Che encabezan las manifestaciones y movimientos de rebeldía juveniles en todos los países de la tierra y su nombre se agita como bandera revolucionaria de la juventud, en Latinoamérica, en Europa, en Asia, en África y aun en los Estados Unidos de Norteamérica.

Nunca el nombre de un argentino ha brillado tan alto; y nunca en la historia un argentino fue tan universal.

El Che ha triunfado ciertamente sobre su muerte; y su muerte ha embellecido y sublimado su vida.

Ernesto Che Guevara, sencillamente, era el *Hombre Nuevo*. Y lo probó.

Córdoba, agosto de 1968.

Unos duraznos blancos y muy dulces¹

Daniel Moyano

Por los años 42 o 43, en Alta Gracia, mi primo y yo íbamos todos los jueves a la plaza Manuel Solares, a la hora de la retreta, para vengarnos de que no nos dejaran estudiar música, que era nuestra vocación. La venganza consistía, en llegar de golpe a las espaldas del director, un tal Ocampo, justo cuando este levantaba la batuta para atacar la primera pieza del concierto, y eructar a dúo, lo más fuerte posible, ante el escándalo de las viejas que tejían en los bancos cerca de la pérgola y del propio Maestro, que se agarraba los pocos pelos que tenía y nos insultaba en voz baja pero concentradamente. Podíamos eructar a voluntad tragando aire primero y soltándolo luego con distintas aberturas de boca, regulando intensidad y altura según nuestras intenciones. Una manera como cualquier otra de hacer música, en este caso de percusión.

Un poco más arriba, y cerca del Sierras Hotel, vivían los padres de un compañero de colegio, físicamente muy ágil que se llamaba Ernesto y era asmático, y más o menos siguiendo la misma dirección, pero hacia la izquierda, en un chalet que se llamaba *Los espinillos*, un viejo cascarrabias, flaco y calvo, que se pasaba los días y las noches componiendo música. La misma que nos negaban a nosotros, por no tener piano, por ser muy pobres o malditos, qué sé yo; el hecho es que cuando aparecimos por el conservatorio y nos vieron la pinta, una mujer alta y barbuda levantó un dedo índice que, por las palabras que lo acompañaban, en cualquier momento se transformaba en un garrote, y nos señaló la puerta de

¹ Publicado en Daniel Moyano (2017). *Mi música es para esta gente. Cuentos completos*. Córdoba: Caballo negro.

calle. Retírense de aquí inmediatamente, decía la boca de la vieja, ayudada por el dedo índice que se agitaba enorme por encima de su cabeza.

Lo que pasa es que tanto mi primo como yo éramos conocidos en el pueblo por andar recogiendo las sobras de los platitos en los bares, los higos que caían por encima de la tapia desde el interior de una finca a la vereda, cualquier cosa comestible que alguien dejara por ahí o simplemente se le cayera. No nos dejaban entrar ni en el cine ni en los bares, salgan de aquí malditos pedigüeños nos decían en las fiestas de bautismo o casamiento, y en las kermeses y en los circos nos toleraban hasta que nos conocían.

Por eso siempre andábamos, mi primo y yo, por las orillas de las cosas, nunca en su centro, nunca mirándolas de frente. Vivíamos de soslayo. Y nos miraban del mismo modo. Eructábamos los conciertos del maestro Ocampo para que, al menos para corrernos o amenazarnos con llamar a la policía, nos miraran de frente. Y sobre todo porque nos divertía.

A veces el maestro, antes de comenzar, echaba una mirada alrededor y viendo que no estábamos atacaba inmediatamente sin darnos tiempo para la sorpresa, casi siempre alguna cosa de Rossini o von Suppé. Como conocíamos las obras de memoria, aparecíamos unos segundos antes de algún silencio significativo en la partitura y se lo eructábamos todo, tantas veces como tiempos tuviera el compás. Esto provocaba automáticamente un cacareo de viejas (que aprovechábamos para escapar), golpes de batuta sobre el atril interrumpiendo la ejecución, y el inmediato *da capo* que el director ordenaba pronunciando la palabra con la entonación de un conocido insulto. Y claro, con esos antecedentes era normal que la barbuda nos echara del conservatorio.

Y esa vida a los saltos y ese andar siempre por las orillas comenzó cuando terminamos el curso de solfeo para entrar en la banda municipal, pero tuvimos que dejar porque no alcanzaban los instrumentos donados por el Círculo de Damas. Yo le había echado el ojo a un fiscorno tenor y mi primo a un requinto que era una delicia, pero el maestro Ocampo prefirió dárselos a los alumnos que habían obtenido mejores calificaciones que nosotros.

Por eso le eructábamos los conciertos al viejo maldito.

Parece que mi primo y yo le caímos bien a Ernesto, que una vez nos invitó a su casa, enorme y hermosa, en lo alto del pueblo, a tomar el té como si fuéramos niños educados. Había oído hablar de nuestras perrerías al maestro Ocampo, y nos pidió que eructáramos. Pero no nos

animamos porque teníamos vergüenza de su padre, que se llamaba Ernesto como él.

La última vez que lo vimos fue aquel verano que con mi primo planeamos un robo en el chalet del viejo calvo. Había un duraznero en su jardín, de esos duraznos blancos y tan dulces, que cuando maduran son rosáceos por fuera, pero por dentro enteramente blancos y jugosos. Sabíamos a qué horas el viejo componía y a qué horas dormía la siesta, y a qué hora una mujer que lo cuidaba y que era su hermana se recostaba en un sillón a cabecear unos minutos.

Ese día dijo mi primo:

—Podríamos invitarlo a Ernesto, ¿no?

Serían como las tres de la tarde cuando nos reunimos. Íbamos los tres subiendo la cuesta, oyendo los sonidos de la siesta en el monte, mejor dicho ese silencio donde solamente se oye el canto de las torcazas que viene muy de lejos, como del otro lado de la sierra.

—Che —dijo de pronto Ernesto—, cómo es ese asunto de los eructos.

En cuanto empezamos a probar, que era como afinar, Ernesto soltó una carcajada. Dominábamos tanto esa forma (tan válida como cualquier otra, pienso yo) de emitir sonidos, que eran prácticamente nuestras notas, nuestra forma de cantar. Teníamos a medio ensayar un *duetto* precioso, donde una de las voces intentaba ser una melodía y la otra hacía un acompañamiento de pura percusión.

Justo cuando estábamos empezándolo, el chalet del viejo se nos apareció de golpe, al fondo una ventana alta, en primer plano los duraznos a punto de descolgarse de las ramas, de tanto que los había madurado el sol y, según decían, el canto de las chicharras.

Tendimos el oído a ver si como siempre estaba sonando el piano, pero nada, el viejo seguramente dormía. Nos metimos las puntas de las camisas dentro de los pantalones, embolsándolas un poco, para guardar allí el producto de la expropiación, y saltamos la verja.

Cortábamos y guardábamos, pero al mismo tiempo comíamos. Pronto desaparecieron los de abajo y hubo que trepar, che, no suban todos a la vez que el árbol es muy débil. Hasta que quedó un solo durazno allá en la punta inalcanzable, desparramando aroma y jugo.

—Vamos —ordenó Ernesto en voz baja—, parece que el viejo se está levantando.

Pero yo ni me moví, mirando el ejemplar de allá arriba, el más grande de todos, enorme, más que un durazno era un faisán, un melón

lleno de miel, una joya sacada del fondo de una gruta.

Entre los tres empezamos a sacudir el árbol hasta conseguir el balanceo violento capaz de producir el desprendimiento de la fruta. Caían hojas y pequeñas ramas, duraznos medio secos que no habíamos visto o habíamos desechado, bichos cascarudos y un esqueleto de chicharra.

La percepción del olor intenso de las hojas cortadas llegó junto con el ruido de la ventana que se abría dando paso a esa cara espectral extraída del fondo de la siesta, y a sus palabras:

—Llevaos la fruta pero no rompáis el árbol.

Después de comer sólo los muy maduros, guardar los que estaban a punto y tirar al río los muy verdes, mi primo y yo quisimos hacer el reparto. Ernesto dijo que si él llegaba con duraznos a la casa tendría que dar explicaciones muy serias, de modo que nos cedió su parte. Nuestros padres y tíos, en cambio, se alegrarían de que lleváramos comestibles, y más que ellos nuestros hermanos y primos más pequeños.

Al atardecer estábamos sentados en el murallón del Tajamar, enfrente de la casa del Virrey Liniers. Ernesto dijo:

—Al final no cantaron el dúo. ¿Cómo era?

—Bueno, cantar es un decir. Lo nuestro es más bien un juego o una burla.

—Eso no importa. Dale, canten.

Afinamos otra vez (creo que afinar era lo más gracioso, por las caras que poníamos, imitando al Maestro Ocampo), pero no cantamos el dúo. Dejándonos llevar por la afinación, que nos salió perfecta, le “eruc-tonamos” unas especies de modulaciones mozartianas, suavísimas y dulces como los duraznos blancos, y Ernesto no paró de reír y de reír.

Dicen que el viejo era español. Había tenido que huir de su tierra, pero como no se resignaba a vivir fuera de ella tenía dos relojes, uno para la hora de acá, otro para la de allá, a los que daba cuerda todas las noches, a fin de que no se le paralizara su patria lejana, ni tampoco esta que le habían prestado. Lo más importante era no perder la diferencia horaria, para que, aunque muy a la distancia, el país que dejó se mantuviera presente en el tiempo de todos los días.

Y dicen que alguien que ignoraba la importancia de ese rito llegó un día a la casa y sin que nadie se diera cuenta puso los relojes en la misma hora, que era la de la muerte. Después llegaron unos hombres de Madrid y encerrado en una caja oscura lo llevaron por el mar hasta su tierra, donde duerme todos los silencios musicales juntos.

Mi primo y yo y otros chicos que ya tocaban en la banda merodeamos por la casa el día de su muerte, pensando que si en vez de robarle los duraznos le hubiésemos pedido que nos enseñase un poco de música acaso él hubiese aceptado. Y nos entraba la lástima y teníamos remordimientos.

El viejo se me apareció de golpe años después, en su tierra. Yo llevaba un tiempo en España, y una tarde estaba tomando tranquilamente una cerveza cuando en eso pago y me dan el vuelto y lo veo aparecer flaco y calvo como siempre, enmarcado por el contorno de un billete de cien pesetas, que hacía las veces de aquella ventana de su casa de Alta Gracia donde se asomó para decirnos que no le rompiéramos el árbol.

Con nuestro cómplice en el robo de la fruta me reencontré después de mucha vida. El encuentro tuvo lugar en las páginas de un semanario, mejor dicho en una fotografía tomada durante una nevada en Alta Gracia, que mi memoria retenía. La revista, en un número súper extra, la publicaba para ilustrar la infancia del que yacía en la foto de la portada, rematado a tiros en un pueblo boliviano llamado Yancaaguazú. Se me saltaron las lágrimas al ver en qué estado había quedado el niño que yo conocí.

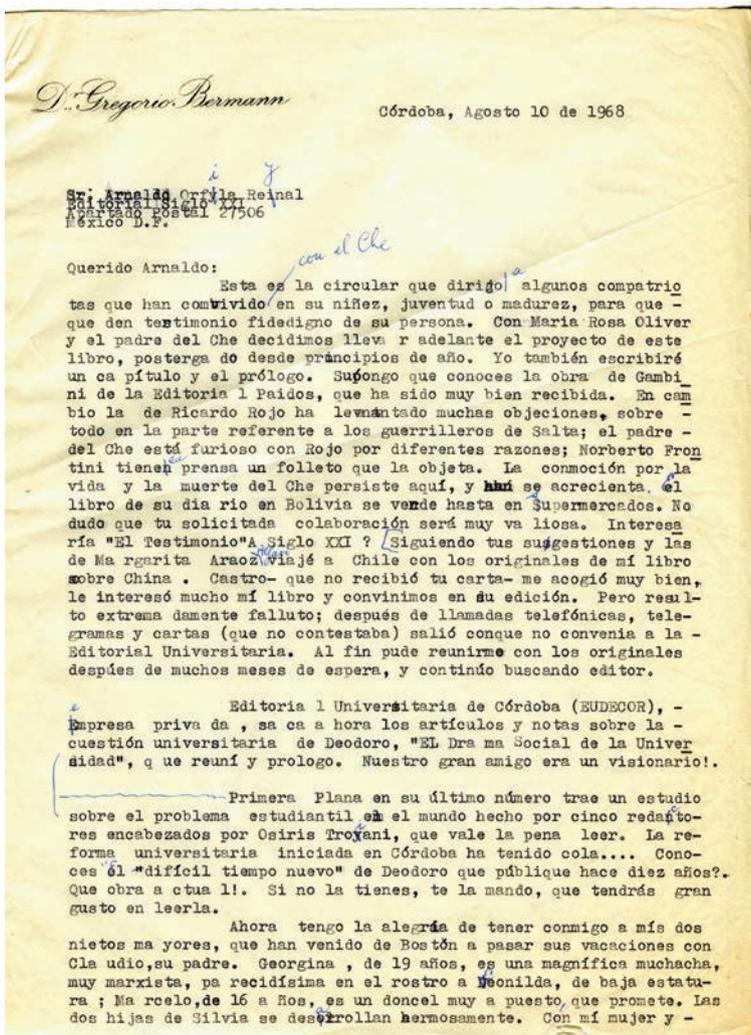
Para atenuarlas, recordando una vieja mala costumbre, le dediqué un hermoso eructo modulado, agudo, mozarteano, como quien intenta provocarle una sonrisa.

Dossier documental

1. Correspondencia

En esta sección se reproducen versiones facsimilares de algunas de las cartas que intercambió Gregorio Bermann con familiares y amigos del Che a propósito del proyecto de libro.

1.1. Carta de Gregorio Bermann a Arnaldo Orfila Reynal, 10/08/1968

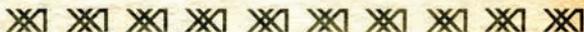


D. Gregorio Bermann

Silvia iremos el 5to. Congreso de Psiquiatría en Bogotá, a fines de Noviembre. Pensamos ir después a México, donde tendremos el gran gusto de visitarlos; y si podemos desde allí a Cuba.

Con afectos de Dolores y Mío para tu mujer, te abraza

1.2. Carta de Arnaldo Orfila Reynal a Gregorio Bermann,
20/09/1968



México, D.F., Septiembre 20 de 1968.

ACR-811

Dr. Gregorio Bermann
9 de Julio N° 408
Córdoba - Argentina.

Mi querido amigo:

Estoy avergonzado por la demora con que respondo a tu amable carta en la que me hablas del tan hermoso proyecto que por tu iniciativa estás poniendo en práctica para rendir un homenaje al Ché con testimonios argentinos.

Sabes que tuve la satisfacción de que los amigos cubanos nos encomendaran la edición del Diario y así pude hacer en 8 días una primera edición, a la que siguieron otras dos y una cuarta en Buenos Aires.

La difusión ha sido notable, a pesar de que también apareció, como es sabido, en tantas revistas y por otras editoriales, todas ellas sin autorización, con excepción de Punto Final.

Ahora sacamos en la próxima semana otro libro de un boliviano que "firma" Vésquez Díaz, titulado Bolivia a la hora del Ché, que creo es un complemento de mucho interés para juzgar el momento que vivió nuestro gran compatriota en el último año de Bolivia.

No podría decirte desde ahora si cuando se logre el libro en que estás empeñado podrías comprometerte a que lo hiciéramos aquí. Ahora, precisamente hoy, estamos viviendo unos acontecimientos graves e inquietantes: anoche el ejército con 10.000 hombres, tanques, paracaídas, etc., ocupó la Ciudad Universitaria y pensamos que pronto caerán otros institutos de enseñanza superior.

El movimiento estudiantil se prolonga desde mediados de julio y con este acontecimiento vergonzoso e inesperado no creo que termine, sino que se agrave la cuestión.

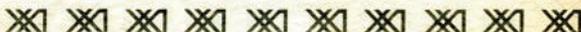
No sabemos hasta dónde puede llegar el intento de represión y si alcanzará las zonas del pensamiento, la palabra escrita, la vida cultural. Por ello te digo que hoy es un día malo para hacer promesas a futuro.

De todos modos, cuando tengas más avanzada la obra escríbeme para ver cuál es la situación en ese momento. Te agradezco, de todos modos, tu invitación para participar en el libro y no sé si una pequeña cosa que se publicó en la revista de la Casa en que se le rindió homenaje y que escribí muy rápido, pero emocionadamente, podría servir.

Por si sirviera, te lo adjunto porque no he podido inten-

GABRIEL MANCERA 65 APARTADO POSTAL 27-506 TELEFONOS 23-75-04 Y 43-93-22

MEXICO 12. D. F. C. T. B. L. E. S. I. G. L. O. E. D. I. T.



- 2 -

tar otra cosa. Si no te pareciera bien, con toda tranquilidad me lo dices para intentar algunas otras líneas.

El diario de Rojo, desde luego, lo ví y me he escrito sobre él con Norberto Frontini. Hasta hoy no han publicado la carta de los muchachos de Salta, pero logré que salieran algunos comentarios y por otra parte se la entregué personalmente a la primera esposa del Ché, que trabaja en Prensa Latina en la Habana, y me prometió difundir la desde ahí.

A mí también me indignó el libro, incluso porque hace referencia de una presentación que jamás existió, pues al Ché lo conocí en las circunstancias que cuento en esa página y con Rojo no tuve nunca amistad. Pensé escribirle pero me pareció un poco fuera de lugar por la poca importancia de mi asunto.

Con respecto a los temas de la Reforma de que me hablas, desde luego que tengo el libro de Decodor: El difícil tiempo nuevo, y también me hice llegar, para tener los documentos, los volúmenes de Del Mazo que me consiguieron en una librería de viejo, pues los míos se extraviaron.

He difundido los documentos de Córdoba del 16 y también los he enviado a París, donde interesaban. Aquí el mejor homenaje que se ha hecho a aquellos acontecimientos nuestros ha sido esta lucha magnífica de los muchachos mexicanos que con su movimiento han hecho que las cosas se pongan en su lugar y se sepa ver que estaba oculta por la retórica, la verdadera estructura de "la revolución".

Ojalá puedan cumplir el proyecto de viaje y podamos charlar aquí en este altiplano, si es que la atmósfera todavía sigue transparente para esas fechas.

De mi mujer y míos, los mejores recuerdos para la tuya y para tí y un fuerte abrazo.

Arnaldo Orfila Reynal.

AOR/sov.

GABRIEL MANCERA 65 APARTADO POSTAL 27-506 TELEFONOS 23-75-04 Y 43-93-92

MEXICO 12. D. F. CABLES: SIGLOEDIT

1.3. Carta de María Rosa Oliver a Gregorio Bermann, 08/09/1968

Buenos Aires, septiembre 8 de 1968

Querido Gregorio:

En la difícil tarea de escribir sobre la ideas del Che para incluir ese pequeño ensayo, o nota, en un librito que un grupo de jóvenes cree necesario difundir, he dejado pasar un mes sin contestar tu carta y solicitud de colaboración para el "Testimonio Argentino". Por supuesto que lo enviaré dentro del plazo exigido puesto que me limitaré a ampliar un poco lo que mandé a la revista CASA.

Sugiero que se solicite colaboración a Raul Walsh (Editorial Alvarez) y a Juan Gelman, revista PANORAMA. (Publicó un poema hermoso y conmovedor en la revista citada.). Por el momento no se me ocurre que otra persona podría colaborar.

¿Cómo andas de espíritu? Lo de Checoslovaquia me ha lacerado. No dudo que la URSS tendría sus motivos para hacer algo pero ¿que mal lo ha hecho! ¿Por qué comenzar con una mentira? ¿Por qué no señalar los motivos desde el comienzo? ¿Por qué no ha cuidado - si no respetado - el principio de no intervención, de no ingerencia por el cual tanto hemos luchado en el Movimiento de la Paz? ¿Por qué dar justificativos a la guerra del Vietnam? ¿Por qué dejar a Cuba legalmente desamparada? ¿Por qué dar la impresión que el socialismo y un mínimo de libertad de opinión son incompatibles? Todo es de una brutalidad agobiante. Lo es hasta el punto que, en la necesidad de enganchar mi esperanza en algo, he seguido con la mayor atención la reunión del CRLA en Medellín. A pesar de cierta tibieza, que descontaba, el documento producido en esa reunión puede servir al proceso de emancipación Latinoamericana, proceso que terminará, no lo dudo, en ciertas insurrecciones armadas. Por algo los altos prelados no se han atrevido a condenar totalmente la violencia a pesar de las prisiones a que han estado sometidos y a pesar de su propia tradición conservadora. Ya hablaremos de esto cuando vengan en octubre.

Gracias por tu defensa en la carta a Verbitsky; le has dicho lo que yo, de poder y saber hacerlo, le habría dicho. Por temor de que la carta (su copia) se me traspapela, aquí la incluyo. Pobre Verbitsky; como todos los tibios su toma de posición es "plato recalentado". Fíjate que él está entre los intelectuales (mis coetáneos) con los cuales el diálogo se me hace de más en más imposible. Suongo que a ti te ha de suceder algo semejante. Suerte que en nuestros eventos sigamos en contacto con los jóvenes. Veo a muchos y a nuevos. Están bastante desorientados en su búsqueda de una salida. Pero que la busquen ya es mucho pues no la bucan en lo individual. Por ellos veo que muchos de nuestros viejos esquemas ya no sirven. Esto lo han entendido hasta los campeones antirevisionistas: los chinos. Incluyo la versión latinoamericana de la "revolución cultural". Ha aparecido en el último número de CRISTIANISMO Y REVOLUCION. Hay nuevas ideas, nuevos impulsos aunque - no olvidemos que la Isla está en el trópico - exeso de palabras. Comienzo a comprender uno de los lemas de la revista estudiantil de París. Por cierto muy buques y de mundo superdesarrollado, el lema reza: "Preferimos morir de hambre que de aburrimiento." El Che había dicho: "Donde lo extraordinario se vuelve cotidiano es porque hay revolución"...

Termino: si sigo no paro.

Besos para lo dos de

María Rosa

1.4. Carta de Gregorio Bermann a María Rosa Oliver,
14/09/1968

Córdoba, Setiembre 14 de 1968

Querida María Rosa:

Este es el proyecto del Prólogo al Testimonio, que someto a tu consideración. El ideólogo de la oligarquía que me refiero es Grondona, al que me parece mejor no nombrar. El prólogo es el único escrito en que se enunciará un juicio en el libro. Los artículos deben ser relatos, hechos, un testimonio, sin mayores comentarios. Así escribo el mío de las tres entrevistas que tuve con él.

Si fuera posible me gustaría que llames a Don Ernesto, el padre para considerarlo. También te pido encarecidamente que hables con Juan Gelman y Raúl Walsh para solicitarles su testimonio. Y si es posible a Cook.

Muy justa tu apreciación sobre la invasión a Checoslovaquia. Frecuentemente, desde Stalin la impronta de la política rusa es la brutalidad. No es que sean bruscos, muy lejos de ello pero esos procedimientos son brutales. Que distante la conducta y maneras de hombres como nuestro querido Alexsiev? Confunden esa rudeza con la dictadura del proletariado, naturalmente necesaria, pero compara con la manera como la dirigía Lenin.

Muy interesante el escrito de los estudiantes cubanos, que te agradezco; no lo encuentro ratero su grande elocuencia está en relación con los exaltados propósitos que enuncia. Cuando vaya en Octubre, te llevaré un importante escrito de los católicos de izquierda de Córdoba, sobre el Congreso Eucarísticos, de Bogotá. El Sacerdote de quien me hablaste no vino a verme.

Los dos te abrazamos cariñosamente.

1.5. Carta de Gregorio Bermann a Gustavo Roca, 14/09/1968

Córdoba, Setiembre 14 de 1968

Dr. Gustavo Roca
Presente

Estimado Gustavo:

Como te escribí en mi última, estoy reuniendo los materiales para un libro, "Testimonio argentino sobre el Che". Aunque estoy muy resentido contigo, esto no obsta para un trabajo en común.

Se trata de tu colaboración en ese libro, que será escrito únicamente por argentinos que lo han tratado, empezando por tu padre. Nada de literatura ni de juicios encomiásticos, sino de hechos: sa ber como fué, y por qué y cómo llegó a ser tan grande hombre. En la obra de Gambini figuran algunas de sus referencias; seguramente tendrás basta ntes muchas cosas que decir.

Espero tu respuesta.
Te saluda con afecto

1.6. Carta de Gregorio Bermann a Ernesto Guevara Lynch, 14/09/1968

Córdoba, Setiembre 14 de 1968

Estimado Don Ernesto;

Hasta ahora no recibí respuesta de las personas cuyos nombres Ud. me sugirió para el "testimonio" los Sres. Carlos Figueroa y Carlos Ferrer. Y eso que les escribí hace un mes. Le ruego les urja una respuesta. Tal vez piensen que habría que hacer literatura; nada de eso; sino un relato de cómo era, de sus relaciones con los demás, juntar recuerdos, como si se conversará de él.

Envié el proyecto del prólogo del libro a María Rosa Oliver. Le pido se ponga en contacto con ella, lo lean juntos y me de su opinión.

Espero su escrito, que será naturalmente la pieza a maestra del libro.

Lo saluda afectuosamente.

Dr. Gregorio Bermann

1.7. Carta de Gregorio Bermann a Ernesto Guevara Lynch,
12/10/1968

Córdoba, Octubre 12 de 1968

Estimado Ernesto:

Le escribo para recordarle nuevamente su compromiso. Vea que su colaboración debe estar lista sin falta para antes de mediados de Noviembre. Le ruego una vez mas que urja a los amigos de Ernesto cuyo nombre usted me dió, sin perderles pisadas. Hablé varias veces con su cuñada Carmen; estaba dura como un pedernal, amparándose en que no es capaz de escribir una página. Me parece no es exacto, debe tener otra razón. Ud. puede decidirla.

Busqué en "La Nación" la referencia que Ud. me dió sobre el artículo de Lugones "Las Beatrices", sin encontrarla. No podría darme noticias mas concretas?

¡Y por favor, contestese!

Muy cordialmente le estrecha la mano su afectísimo.

1.8. Carta de Gregorio Bermann a Chichina Ferreyra,
18/11/1968

Córdoba, Noviembre 18 de 1968

Chichina: No es fácil escribirle esta carta, pero me decidí a dedicarle mi última hora antes de partir, urgiéndola a que termine las páginas de memorias que tiene que escribir sobre el Che. Disculpe-me que le repita lo que le dije: Ud. tiene un deber moral que cumplir, un deber que es insoslayable y que nadie puede realizar en lugar suyo: revelar aspectos de esa intimidad preciosa que solo usted apreció y vivió, lo que nadie sino Ud. puede decir en su propio lenguaje. Sin idealizarlo, sin exagerar, sin fantasías; simplemente lo que fué, cómo fué, qué pasó.

Resumiré una vez mas porque pienso con fuerza creciente porque tiene usted que escribirlo.

Nadie ignora que Uds. se han querido, lo saben hasta las piedras de la calle. Hay algo de vergonzoso en esto? El vez con su amor hubiera llegado a ser un médico e investigador genial, tal vez su destino difiriera radicalmente del que fué troncado en Vallegrande si Ud. hubiera sido su esposa adorada. No encuentra Ud. en eso un motivo mas para sentirse obligada?

Por otra parte, lo que Ud. escriba sería impersonal por que pertenece a l dominio de la historia, de la historia del argentino que probablemente no tenga pa ragon en este siglo. Y no puede sumar a nadie de los suyos porque es imposible despertar un incendio sobre una materia incombustible, muerta, como son las cenizas del Che

Al contrario, permítame que le diga que este escrito lo hará mas querido y respetado por sus hijos, por su esposa. ¡Qué madre tenemos exclamarán, qué flor de esposa! Ni los millones que puede dejarles en herencia, ni toda la cultura intelectual con que los nutre podrá equivaler al acto de belleza moral que significaría escribir estas páginas. También porque vuestro amor fué tan puro, tan diferente a los vulgares y censales de tantos jóvenes que creen-los pobres- que eso es amor... Tendría un valor de docencia vital que muchas grandes mujeres le envidiarían, sobre todo que no hay en nuestra vida nacional, que yo recuerde, muchos ejemplos semejantes. O por lo menos que se hayan expresados.

Yo se que le costará, pero vale la pena!. No teme importunarla, porque yo no soy aquí mas que el puente para que Ud. cumpla este deber fundamental. Y Ud. sabe en el fondo de su alma que es así. No se preocupe por lo que dirán a lgunos espíritus estrafalcos y de poco vuelo. Ud. pondrá en evidencia su grandeza.

Órdenes, Noviembre 13 de 1953

Sea valerosa de una vez. La gente de bien la va a apreciar más por este acto de arrojo moral, y éste es lo que cuenta. Pido a mi amigo la Dra. Elvira del Castillo que recoja su testimonio. Le ruego que atiéndala a esta noble persona. La abrazamos y deseamos que sea feliz y que viva siempre en la libertad.

NOTA: Adjunto de obsequio un ejemplar de cartan del Che que espero le interesarán.

Por esta parte, lo que me interesa es el dominio de la vida política, económica y social. El Che me ha enseñado que la revolución es un proceso que no se detiene en el tiempo. Es una lucha constante por la liberación de la conciencia humana.

Al contrario, como dice el Che, la revolución es un proceso que no se detiene en el tiempo. Es una lucha constante por la liberación de la conciencia humana.

Yo se que la gente, pero vale la pena. No se trata de un acto de heroísmo, sino de un acto de valentía. La gente de bien la va a apreciar más por este acto de arrojo moral, y éste es lo que cuenta.

Es un acto de valentía. La gente de bien la va a apreciar más por este acto de arrojo moral, y éste es lo que cuenta.

1.9. Carta de Gregorio Bermann a 'Tita' Infante, 19/11/1968

Buenos Aires 19 de noviembre de 1968

Querida Tita:

He estado meditando acerca de nuestra conversación. Tu argumento principal consiste en tu estado espiritual actual, en tu desencuentro contigo misma, en la "confusión" que dices estas sufriendo. Naturalmente no entraré en este dominio de tu intimidad, pero no comprendo bien el nexo entre el testimonio que escribiste y tu problemática actual.

Cualquiera que sea tu estado de ánimo-que desde el fondo de mi alma deseo que sea el mejor posible-me parece que hay importantes razones para que se publique y que vuelvo a dar aquí.

Cual es el objeto del libro proyectado? No es solo poner de relieve su verdadera personalidad, sino principalmente el valor de su ejemplaridad. La civilidad argentina y latinoamericana está tocando fondo en el orden político y moral. Es desolador, pero al mismo tiempo están naciendo fuerzas y corrientes que nos llenan de esperanza y ~~al~~ aliento. Nuestro deber inexcusable es contribuir a que se afiancen y se traduzcan en los hechos. El fenómeno principal que puede contribuir a esta mutación es la vida y la muerte del Che, con toda su grandeza y belleza trágica. De ahí la importancia del libro, que sin ~~exi~~birlo, subraya la contradicción entre lo que es y lo que tiene que ~~x~~ ser. La vida del Che que ha negado aquella realidad en forma tan coherente y enérgica, impresionó al mundo entero.

Así lo ha comprendido también Perez Morales, con quien conversé en los mismos términos que contigo.

Por eso te pido una vez mas que recapacites. Nada mas lejos de mi intención que intentar violar tus sentimientos, pero cada uno de nosotros tiene que comprender su rol en estas circunstancias, pues si no la acción solidaria no sería posible, y tampoco la coexistencia.

Tus páginas estaban bien escritas, eran lúcidas, llenaban adecuadamente el fin que nos proponemos, emotivas. Comprendo empero tu informalidad, porque nada de lo que decimos y hacemos puede alcanzar la estatura de tu gran amigo y compañero.

Te ruego mandes tu escrito cuanto antes a esta dirección:

Doctor Arnaldo Orfila Reynal
Editorial Siglo XXI
Apartado postal 27506
México. D.F.
México

Con afectos a tu gente, te abraza

1.10. Carta de Gregorio Bermann a Carmen de la Serna de Córdoba Iturburu, 13/02/1969

La Habana, febrero 13 de 1969

Querida Carmen:

No pude despedirme de Uds, lo siento. Llevo una de las impresiones mas gratas con tu bellisima familia.

Uno de los motivos de mi venida a Cuba fué llevar aportes para el libro "Testimonio Argentino Sobre el Che". Uno de los mas valiosos que esperaba era el tuyo y también el de Roberto. No percibo bien que es lo que los inhibe. Debe haber algo profundo e intimo, porque hallé similar resistencia en tu hermano Pepe, en Tita Infante, en Perez Morale. Espero que me ayudes a develar este misterio. A todos les expliqué que no se trataba de una obra unicamente documental-lo que es también importante sino y sobre todo un aporte a la necesaria lucha de nuestro pueblo por su liberación a traves del Che, que es y tiene que ser el arquetipo del argentino de mañana, y si es posible del de hoy.

Tus argumentos en contra: primero fué que lo que podrias relatar ya lo había hecho Dolores Moysho; lo que no es así, porque ni tu sensibilidad es la de ella, ni tu conocimiento del Che es de su nivel. Después, tus escrúpulos de que debias tener la anuencia del Comité de Honraje al Che que preside el Comandante Almeyda; recurrí al Comité, al que le pareció muy bien mi proyecto y me alentó a que siga trabajando, quedar de en que te harian conocer su conformidad. Finalmente, fué que si la familia, que si Celia...y me entretuviste toda una noche con lo de esa historia; bien, te desahogaste, pero tambien eso era un cuento chino. Has estado jugando conmigo.

Espero que recapacites y te pongas a hacer de una vez tu testimonio.

Con mis afectos para tus hijos y para tu marido, de quien espero también una página de sus recuerdos, te abraza

Gregorio Bermann

Dirección

Sanatorio Bermann
Barrio Las Rosas
Córdoba-Argentina

2. Dactiloscritos

En esta sección se reproducen algunos de los originales en versión dactilográfica que forman parte del proyecto de libro.

2.1. Prólogo escrito por Gregorio Bermann con anotaciones manuscritas. Primera y segunda hoja

Prólogo

Estos años terribles... La grandeza dramática de la escena contemporánea tuvo en el Che un protagonista de rango equivalente, el argentino universal más difundido de este siglo. Si el Che es el argentino más leído, si sus biografías constituyen el pan cotidiano de sus contemporáneos, no sólo de los jóvenes argentinos, sino de las capitales del mundo, no es por moda, ni por la espectacularidad de su vida y de su muerte, sino por que responde a una necesidad vital, está en el clima de nuestro tiempo. No solo en el presente sino principalmente en el futuro, porque su vida y actuación irán creciendo, así como las montañas crecen su sombra a medida que van atravesando el sol.

Por eso hemos creído necesario promover y ~~escribir~~ este "TESTIMONIO ARGENTINO", reuniendo los elementos de juicio de algunas de las personas más autorizadas que lo han tratado personalmente durante su niñez, adolescencia, juventud y madurez. Sólo de algunos de sus compatriotas, empezando por su padre y sus tíos, ^{su familia} ~~carriales~~, siguiendo con sus compañeros de juegos, de viajes, de aventura, de trabajo, huéspedes y amigos. Para saber como fue y porque hizo lo que hizo, porqué entregó su vida a la causa de su alma, materiales que servirán para la obra que habrá que escribir sobre su existencia, espíritu, trascendencia.

Los hombres somos como las semillas. Miles, millones se pierden, mueren, son anulados, frustrados, pero una llega, se prende y hecha raíz, se convierte en individuo, perpetúa la especie, o arraiga una mutación. El viento de tragedia que pasó por nuestras cabezas y en nuestros corazones con su holocausto, divide a los argentinos en dos espacios: antes, y después del Che. Los argentinos no podemos seguir siendo los mismos después del Che, algo está cambiando radicalmente dentro de nosotros: la conciencia de un deber incumplido. Una línea divisoria separa a los "héroas" de la Plaza pública: su gurrulería, coquedad, vanidad, inflados por la fácil riqueza ^{agropecuaria}, de aquellos que han comprendido y aprendido el ejemplo de la autoridad del Che, de su profundidad, ^{de un abismo no comercial en el destino de la operación} ~~su pasión por el pueblo~~ y por el destino entero del hombre, de la alegría de vivir ^{por la dignidad} ~~de la alegría de vivir~~ ^{en el combate} ~~en el combate~~ terrible y desigual por la verdad. Frente al escepticismo, al ^{combate} ~~combate~~ fichismo que tanto ha cundido en la vida argentina en los últimos decenios, frente a la patrefección de las conciencias, al cinismo, a la corrupción de las costumbres, a l acomodado y al oportunismo, ^{como se eleva esta alta torre} ~~como se eleva esta alta torre~~ esta unidad de vida, esta gloriosa existencia. Su conducta, su vida y su muerte ofrecen una nueva ética, ^{de del hombre nuevo en la reconstrucción} ~~de del hombre nuevo en la reconstrucción~~

Recreamos un caudillo profundo en la personalidad nacional individual y colectiva, una metamorfosis, como se recrea Urmuz, una transformación en sí misma e interna estructural

...no se puede pensar sus valores, sin exponer, sin exponer...
...de una personalidad excepcional, en la que se destaca la unidad de su...
...y de sus ideas, que fue la esencia del espíritu de la época...

→ No eran solo las dotes de su personalidad y de su
voluntad las que lo hacían, sino también las de su talento
y centraba a fondo en las más intrincadas problemáticas
de la segunda contemporánea y de la difícil
sucesión y los descubrimientos con singular lucidez.

...en el mundo del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...

...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...

...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...

→ Aventura maravillosa la de un hombre que, en una época
que su poder de autor en pocos años se puso a la cabeza
del continente.

...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...

...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...

...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...
...de la vida, a la vida del mundo, el que se abre a una nueva perspectiva...

2.2. "Mis encuentros con el Che", se presume que formará parte de un capítulo del libro. Escrito por Gregorio Bermann. Primera hoja

Mis ^{encuentros} entrevistas con el Ché

En tres ocasiones me entrevisté con el Ché.

Había venido a Cuba respondiendo a una invitación para participar en el II Congreso de Neurología y Psiquiatría y en el X Congreso Nacional de Medicina y Estomatología, que se efectuaron en La Habana a comienzos de 1960. Tenía naturalmente vivos deseos de conocer al Ché, de quien tanto se había dicho durante la guerra de Liberación y posteriormente, pero absorbido por los trabajos del Congreso, no di los pasos necesarios para encontrarlo. Y he aquí que una mañana, el 20 de enero, antes de mediodía, se anunció en el Hotel Habana Libre, donde residía. Se presentó en su atuendo militar, con el uniforme verde oliva que llevaba habitualmente bien plantado, acompañado por un escolta armado de metrallata. Hablamos primero de nuestro país, cuya situación política era bastante irregular; la sublevación contra Perón, la lucha de las fracciones después de su caída, la actividad de los partidos políticos no había logrado dar estabilidad al nuevo régimen. Me expresó su desengaño por la actividad de sus compatriotas en el exilio y me relató que días después de la caída de Perón se habían reunido en México varios argentinos para ver lo que se podía hacer. Guevara propuso un programa de cuatro puntos para apoyar la nueva situación, que fué rechazado de plano, entonces se apartó de la acción. Después me habló de la profunda decepción que le causó Acción Democrática de Venezuela, cuando conoció a Betancourt en Costa Rica, sobre todo por la tercera posición que éste se proponía a adoptar en caso de guerra: defender a Panamá y al petróleo venezolano, que serían a su juicio los primeros objetivos soviéticos; solo podemos estar del lado de Norteamérica, había declarado. Y después, del punto de vista práctico, el Dr. Feñalver que tenía influencia en Guatemala, a quien había recurrido para que pusieran en libertad a su esposa, que estaba presa, ofreciéndose a ir él en su lugar, en nada lo ayudó. Tampoco consiguió la visación del pasaporte. Por eso no quiso exponerse en la Argentina, que se encontraba en condiciones aun más difíciles. A propósito de Guatemala, recordé a Melvin René Barahona, que era mi secretario, y que me había referido reiteradamente su convivencia con Guevara cuando estaban refugiados con muchos otros en la Embajada de Argentina en la capital de Guatemala, después de la caída de Arbenz; sí, él recordaba a Barahona, pero le fastidiaba que en circunstancias tan dramáticas se preocupara solo por la poesía. Melvin era un periodista y poeta, que desgraciadamente falleció después en Córdoba.

Guevara se interesó particularmente por Córdoba, donde yo residía, me preguntó por el Dr. Enrique Barros, que había sido un tiempo el médico que

2.3. Dactiloscrito de María Rosa Oliver, y parte de uno de los capítulos con correcciones y anotaciones hechas por ella. Primera y última hoja

SIN FUENTES NI GRABACION

Fines de enero de 1964. Los invitados a oír el informe sobre el motivo y los resultados de su viaje a la Unión Soviética que Fidel Castro iba a dar a su pueblo, ocupábamos ya todas las filas de asientos de la sala de emisiones de radio La Habana. Volví la cabeza y al fondo ~~de la sala~~, junto a la puerta de entrada, vi por primera vez al comandante Ernesto "Che" Guevara. Conversaba sonriendo, y riendo, con algunas personas. Cierta timidez y el temor a ser inoportuna me impidieron ~~acercarme a saludarlo~~. Igual que una hora después, me petrificaron en el momento en que Fidel Castro, terminada su exposición, pasó lentamente ante mí al salir de la sala. Ni pude tender la mano ni despegar los labios al hallarme en presencia de quien desde un ²⁵ ~~20~~ ^{de} ~~de~~ fines de 1959 dió a diez y ocho pueblos hermanos la certeza de que su suerte puede cambiar.

Pasados un par de días, una de mis amigas de la "Casa de las Américas" me avisa por teléfono que el Che quiere verme. ¿Dónde? . "En su oficina" le digo porque el hotel en que me alojo, de incommensurable tamaño, marmolería y mal gusto (mandado hacer por George Raft) es el marco menos adecuado para un encuentro que no prevé y que ahora al saber que lo tendré me emociona. Tres factores, sin embargo, deberían mitigar mi emoción: El Che es argentino y celo de ^{facilmente} masiado/a mis compatriotas; es - me lo recuerda Pepa, mi eterna acompañante, de los chicos que treinta años atrás vimos jugando bernulleros y entreverados, en casa de una de sus tías y por último, el heroísmo con armas no ha sido el que mas me ha exaltado. Queda su actitud ante la vida y esta sí importa... ^{el vende}

El comandante nos espera de pie en la puerta de su oficina del Ministerio de Industrias. El cuerpo bien proporcionado en su uniforme color de aceituna recorta a contraluz. Los lóbulos frontales salientes agregan un leve aire tau rino a la cabeza de dios griego, de Zeus debido a la barba juvenil y al pelo corto. Como la voz, el apretón de manos es suave y recio. Nos hace pasar a su despacho y ahí nos dejan solos.

Se sienta frente a mí en el sofá y me pregunta si conozco a su madre. A mi ~~negativa~~ responde:

- Ella la conoce a usted: le oyó una conferencia sobre China que le gustó mucho.

-¿Por qué no me lo dijo?

- Se lo habré dicho y usted no se acuerda...De esto hacen doce años.

Mientras maldigo ^{me} mala memoria, como él, muy cortemente, pretende seguir hablando de mí, le advierto que para eso no acabo de hacer un viaje que me lle vó casi hasta el polo norte. Sonríe, prende su cigarro, mi cigarrillo, expelle

Despierto a Peps. Se incorpora, parpadeando, y pregunta:

- ¿Así que no llegó la visita?

Le sualo el reloj. Lo mira, refunfuña y se levanta a cerrar la puerta. Apenas lo he hecho, golpean: el escolta viene a buscar la boina que el comandante dejó olvidada.

María Rosa Oliver

Buenos Aires. Octubre 1968

3. Notas manuscritas

Sección dedicada a los borradores y anotaciones que dan cuenta del proceso creativo del libro y plan de trabajo.

3.1. Manuscrito 1. Apuntes para el prólogo

le

Integro
e integral

Maria Rosa ^{lo} recuerda (desp. v. lo.)
Cristo criallo co. 1 campesino (gacelo?)
v. época v. Martín Trueso, e sus barbas
y ~~su~~ cabello intorto

So. Mi destino:
su vocar v. médico, v. curador
M Estrada - Mi exp. cult. 106

al final: 1 seguir q' nos da v q' estas
en el ba camino, q' no nos desviases
sigiéndolo

El hom. meso (desp. v. L. Lancha ...)

3.2. Manuscrito 2. Plan de trabajo

Place

1. Origen fias (Kambayai) e in Jaccia
don Ernesto
Carlos Contreras
2. Adolesc. y estudios
Pape Agilar - Inst. Cinemat. y Habana
Sita Mojano
Sylvio
Chichina
Lopez Villagra
Luis Infante
Perez Morales
Jimmy Roca
Dawal
Jug Slaughter
Carmen Agilar
Carlos Figueroa
Piero Moratel
Llanadas - A través y America
3. En Cuba
M. Roca
! Cook
y.
Elyria y Castillo
Rodolfo Walsh
Ezequiel
Cofeta Reynal
de Sico en el M^ois
Lidia Mosca

En su univerte
Cortazar
Gollman
Benitez?
Crist. y R
Bansdett?

3.3. Manuscrito 3. Nota sobre Chichina y el Che

A mis admiradoras cordobesas,
el Rey y el Camarero
2ª entrevista 18/X-68 1951

Se encontraron en un/2 (creo), y
desp. en a l po. m., en q' tuvo el
encontrazo c. su P. to rompió e
sino desp., cuan. recibió 1 carta
rónica, q' i decidió a penar sus
cartas, d. l q' ella le h' escrito
(unid. 40 cartas, e' enumerada, conserva 10)
Era 1 personalit' chispeante,
burlon.

En 1 de las entrevistas, il le dije
- que q' es lo q' se h. en es. o sea
- pues, me declaro to h. necesio, le
- dijo ella, ya lo sabes.

Desp. en Miramón, i visitó c.
- los cuados, q' iban a Chile, se pre-
- sentaron en 1 moto cargada i col-
- chones, cacerolas, zafatilla alpacata,
- rotolas (co. el carrito i ha Strada, filia,
- Ellos se alojaron en casa i 1 ha
- i Edmundo

A Miami (cuando salió a tener a la
en el avión y caballos) fue x 2 d. y
tuvo q' quedarse 1 m. Estaba allí Juan
Roca, el arquitecto, q' tamb. estaba su
duero; vían papas fritas y café
c. leche lo q' tenian era x limpiar
1 Departamento y 1 Sta. De regreso
le traje a Miami el traje blanco; ella le dio el
(Ella, varios flots, 1 c. 1 h. y
Grame Mercedes, el psicólogo, 1 tal
Eduardo) Una v. llamaron x Tel. y
cogí q' era Eduardo, y no, era Emate
Cuda. lo comprendió sintió q' se amaba
en 1 prof. poco negro. ha conversado
fue fría.

ha ult. vez q' lo veí fue cuando
ella estaba c. gripe, y 1 visitaron a
Lionel Agilar; esta v. estuvo muy
agradable, contaron chistes, rieron
mucho. Desp. no + cartas.

3.4. Manuscrito 4. Apuntes sobre viajes del Che

Che
Aventura, sí, y brice grande
En v. embarcarse a Eur. recorre
Am (y no EU; donde está x. en
Miami (?) y toma 1 adición q' lleva
caballos y carrera)
Am. y no Eur.
Aventura y feuta:
Salir vi charca, en busca
v. ot. y ot. mundos. En q' época
fui (v. tal justo?, o Ortiz y Castillo?)
El Che y R.U.
Vio su fracaso (no lo verió?)
P' ex. joven era hijo v. era época
Vivió 1 atruón v. R.U.

4. Capitán del pueblo, por Ezequiel Martínez Estrada (fragmentos: primera y última página)

Estos fragmentos corresponden al libro de Martínez Estrada *Mi experiencia cubana*, que dedica al Comandante Ernesto Che Guevara, cuya primera edición es de 1963 y que Gregorio Bermann cita en el prólogo mencionado. En el archivo se encuentra solo el capítulo sin la referencia editorial.

CHE GUEVARA, CAPITAN DEL PUEBLO

Fuí a escuchar al comandante Guevara en la plaza Cadenas de la Universidad de La Habana. Hablaría sobre *El papel de la Universidad en el desarrollo económico de Cuba*, tópico que coincidía con el principal objeto de mi viaje a ese país. Empero, más me acució, determinándome a afrontar la posibilidad de permanecer en pie varias horas, el interés por observar y estudiar a este prócer de la Revolución, sobre quien se ha formado ya una leyenda. Era excelente oportunidad para explicarme en alguna forma el hecho, perceptible desde mi llegada a Cuba, de que el movimiento popular de liberación está vigorizado por un *élan* religioso. Yo lo he sentido así, y declaro que no me noto capaz de explicarlo por simple razonamiento sin acudir a un lenguaje que no me es extraño aunque tampoco agradable. Un lenguaje alegórico.

Al presentarse en público iluminado por concentrados focos de luz, la asamblea prorrumpió en un aplauso efusivo que evidenció el fervor que Guevara ha despertado en los jóvenes. Lo escuché con intensa atención, en actitud crítica, para captar en sus palabras y en sus gestos lo que pudiera haber de escénico, ya que la prensa asalariada lo presenta, lo mismo que a Fidel Castro, como a un mistagogo demagógico. Tengo alguna experiencia de esa clase de histriones de la democracia, producto aborigen de nuestras tierras, y cierta pericia de sus artilugios. Mi posición era, pues, de simpatía desconfiada.

Habló con elocución tranquila, sin ademanes ni patetismo en la inflexión de la voz, sin énfasis ni recur-

mente nos acompaña cuando hemos partido, es lo último que conserva para el paladar el sabor de la tierra nativa. Nos reconocemos sin habernos conocido. Dialogamos como si bebiéramos mate. No hay ningún desnivel entre su altura y mi pequeñez. Estamos juntos, codo con codo, platicando de igual a igual, pues la condición humana oblitera a todas las otras. En su compañía descanso. Insensiblemente el diálogo toma cariz confidencial y sin advertirlo nos hallamos cambiándonos recuerdos como prendas de amistad. Oigo a un hombre de ingénita sinceridad, llano y transparente, que cautiva entregándose y que inspira seguridad. Guevara olvidó cuanto aprendió y sabe y vive de nuevo una vida que no le pertenece. Ojalá pueda yo hacer lo mismo.

Che Guevara le llama el pueblo que ignora que en guaraní quiere decir "mi" Guevara. Es del pueblo, efectivamente, y se ha recuperado entregándose a él. Huyendo, como Jonás, ha cumplido un deber imperativo. La mano que lo conduce es visible en el camino que anda.

Me ayuda a incorporarme y paternalmente, él que puede ser mi hijo, me conduce del brazo como si cumpliera conmigo su misión de amparar y guiar. Así nos despedimos y no nos separamos. Lo miro fijo para no olvidarlo; abarco toda su faz de Judas Macabeo, y siento en mi brazo una energía que me hace sentirme más libre y más resuelto. Comprendo que debo contar, lo mejor que pueda y en la forma más fiel, lo que me ha sido revelado. Cumpliré ese deber hasta el fin. Le digo: "En sus manos hay muchas vidas, y también us-

— 109

ted está en otras manos". Las manos del buen Dios, a quienes sirven, sépanlo o no, cuantos combaten a los tiranos.